



vr vida religiosa

Octubre 2021-número 8 vol.131

Sinodalidad, el arte de vaciarse

**La sinodalidad en los institutos
de vida consagrada**

La búsqueda de la esencialidad

NOVEDADES

Preparando el Sínodo

9-10 de octubre: inicio de camino sinodal (Roma)

17 de octubre: comienzo de la fase diocesana

Prólogo
del Card.
Mario Grech



DIEZ COSAS QUE EL PAPA FRANCISCO QUIERE QUE SEPAS SOBRE LA SINODALIDAD

CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS. Páginas 112. p.v.p.: 7 euros

Prólogo del cardenal **MARIO GRECH**

Epílogo de Mons. **VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA**

El horizonte del próximo Sínodo que se celebrará en octubre de 2023, bajo el título «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión», nos obliga a profundizar en los fundamentos bíblicos, históricos, teológicos y pastorales de esta «dimensión constitutiva de la Iglesia» que es, según el papa Francisco, «**el camino de la Iglesia que Dios espera en el tercer milenio**». La Iglesia entera se activa y se coloca en un «estado sinodal».

Queremos ofrecer los principales fundamentos y acentos de esta realidad eclesial que el Santo Padre ha subrayado a lo largo de su pontificado para ayudar al pueblo de Dios a tener un mejor conocimiento de la realidad sinodal y a incorporar **la sinodalidad como un estilo habitual de vivir, actuar, celebrar y anunciar en la Iglesia** y, de un modo más concreto y puntual, ofrecer una ayuda para trabajar en las fases diocesanas de las Iglesias particulares y otras realidades eclesiales mirando al Sínodo de 2023.



Publicaciones Claretianas

Juan Álvarez Mendizábal, 65, duplo. 3º - 28008 Madrid - Tlf. 915 401 267

Fax: 915 400 066 - publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Sinodalidad, el arte de vaciarse

El camino sinodal es lento. Tanto que en su búsqueda no es infrecuente perderse, cansarse o desistir. Todavía añoramos principios «fuertes y claros» en donde aparezcan palabras incuestionadas y verdades por todos asumidas. Nacimos en la fragilidad para ser palabra y testimonio débil de la verdad que nos enamora. Nacimos pequeños, pobres, necesitados de entornos que nos permitiesen ser, asomarnos y ofrecer. Nacimos para el diálogo y la acogida; para la comprensión y la integración. ¡En tantos lugares la vida consagrada ha sabido ser clima de pueblo en su entorno! ¡Son tantos los testimonios que nos evocan que además de sostenemos en una vivencia que busca lo sobrenatural hemos sabido ser profundamente humanos! La vida consagrada, cuando lo es, ante todo es garantía de vida. Al ofrecer lo que vive, transparenta una

sencillez que hace posible que los seres humanos se encuentren con lo más limpio de sus existencias. La vida consagrada no necesita insistir en ritos y comportamientos de súper-hombres o súper-mujeres, cuando ofrece la vida que celebra, provoca que los hombres y mujeres se encuentren en su humanidad encaminada a la comunión. La vida consagrada, cuando lo es, se muestra fraterna, necesita la complicidad para caminar hacia el Reino. En su fragilidad, la vida consagrada tiene vocación de totalidad, porque ha sido enriquecida con el arte de provocar que todos sientan la necesidad y posibilidad de ser mejores.

Los consagrados queremos ser y vivir como el Señor Jesús en nuestro tiempo. Que las palabras y las obras se encuentren y así que la felicidad no esté en otro lugar sino en no tener nada, amar mucho y reconocer a todos.

Por eso los votos no nos separan sino que nos integran en la realidad; por eso nuestra vida espiritual no nos convierte en una élite segura, sino que nos devuelve a la súplica de los últimos de la tierra. Por eso, cada vez más, los claustros se han ido abriendo y rompiendo para encontrar en la calle, en el horizonte de la tierra y el cielo nuestro lugar para evocar, sencillamente, que se puede ser de Dios siendo profundamente humanos.

El camino sinodal es lento y muchas veces ambiguo. Nos podemos perder en fatigas de logros mínimos en medio de un «combate» para el que nos habíamos armado intelectualmente durante largos periodos formativos. Todavía tenemos que pelear con nuestras propias ideas que entienden la misión como posesión de la verdad que otros deben escuchar y cumplir. Todavía nos pesa mucho la necesi-

dad de tener garantías. Todavía tenemos un concepto de comunidad cristiana que piensa y admite nuestra visión como la buena y única. Asomarnos a la realidad plural no nos aleja de Dios pero nos puede pedir separarnos de seguridades y estilos que hacen imposible vivir en clave de escucha y aprendizaje.

A la vida consagrada le pide el Espíritu que encuentre en este presente su sitio. Quizá estemos todavía en lugares solo aparentemente vivos, pero son de ayer. Somos la pedagogía más evidente de la posibilidad y los caminos diversos que sigue el Espíritu en el corazón del ser humano. Es la hora de permitir que

la libertad se exprese y proponga. Es el tiempo propicio para escuchar sin juicios; es la oportunidad privilegiada para empezar a transitar por esta humanidad ofreciendo solo una palabra con sus gestos: acogida y comprensión. Es el momento de inaugurar espacios que frecuentemente nos hemos dicho que no son nuestros por no responder a estructuras estables. Intuyo que la vida consagrada si opta por situarse en «modo Reino» se va a sorprender por la dimensión nueva que adquirirán sus fronteras y visiones y cómo aglutinará tanta ansia de cambio social como se percibe en las generaciones más jóvenes.

El camino sinodal es fuerte, no es una vía estéril de «buenismo» para quedarnos tranquilos. Su arma no es la dialéctica. No es demostrar que el otro está equivocado en su apreciación o es parcial, es ofrecer un amor tan real, que acabe definitivamente con tantas fracturas de fraternidad como padecemos desde los «principios estables» de la consagración. Ya no veremos la realidad distorsionada entre los míos y los otros. La sinodalidad nos abre a la sorpresa de descubrir que detrás de cada acción hay personas... Y, como cada uno de nosotros, necesitan encontrarse con su verdad.

Nuestra portada

Son diferentes personas, salen de lugares diversos... Acoger un camino sinodal exige salir de donde estamos y abrirnos a la experiencia de un camino común, que no es uniforme. «Caminar juntos —enseña el papa Francisco— es el camino constitutivo de la Iglesia; la figura que nos permite interpretar la realidad con los ojos y el corazón de Dios; la condición para seguir al Señor Jesús y ser siervos de la vida en este tiempo herido». El camino de la vida es una enseñanza de comunión, celebra el encuentro y nos configura como personas capaces de pronunciar un «nosotros» fraterno real.

Volumen 131. N° 8 Octubre 2021



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

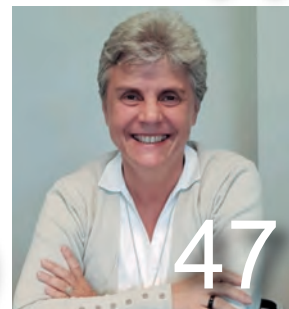
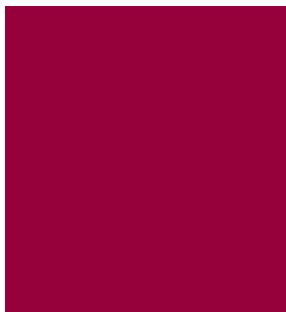
Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - Fax: 915 400 066 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 62 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 93 euros ó 101\$ USD.

Otras naciones: 66 euros ó 71\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



04 En camino,

Alberto Ares

05 Mirada con lupa: La sinodalidad en los institutos de vida consagrada,

Liliana Franco

15 “Si todo es sueño, nada es sueño”. Para discernir los sueños en la vida consagrada,

José Cristo Rey García

20 Hablando en dialecto,

Dolores Aleixandre

21 Retiro. En el espejo de María de Nazaret,

Santiago Agrelo

29 Vivir es así de simple,

José Tolentino de Mendonça

30 La búsqueda de la esencialidad.

Capítulos generales para una nueva era,

Luis A. Gonzalo Díez

39 “La misión de la vida consagrada frente a los abusos”,

Hans Zollner
Nicolás Barré, 400 años con nosotros...,

Manuel Diéguez

44 Más que una foto: Pablo Moreno,

Redacción VR

47 ¡Hagamos que suceda!,

Daniela Cannavina

48 Lectura recomendada,

Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González, Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: Araceli López-Pastor, M^a Ángeles González, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: Pixabay - Imprime: Din Impresores.



Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS - JRS EUROPA.

Alégrense: Bienaventuranzas de la vida

Felices las personas pobres, porque de ellas es el Reino de Dios

Alégrense los excluidos, los que están en el camino, los que comparten lo poco que tienen, los que han puesto su confianza en el Señor. Alégrense las personas que, desde su debilidad, son visitadas por el Señor y se sienten agradecidas porque han encontrado el tesoro de su vida... porque de ellas es el Reino de Dios.

Felices las humildes, porque heredarán la tierra

Alégrense los mansos, que evitan la violencia y la explotación a los demás, que perdonan al que les ofende, que no reniegan contra la vida y sus dificultades, porque se sienten llenos del Espíritu Santo. Alégrense las personas humildes, que saben darle el justo valor a las cosas, y han descubierto lo esencial en la vida... porque ellas heredarán la tierra prometida.

Felices las que lloran, porque serán consoladas

Alégrense las personas que lo están pasando mal, heridas por todo tipo de sufrimientos. Alégrense las que saben llorar con los demás y se conmueven hasta las entrañas... porque serán consoladas.

Felices las personas que tienen hambre y sed de justicia, porque se saciarán

Alégrense las indignadas ante las iniquidades de este mundo. Alégrense las que luchan por la justicia, para que nuestra sociedad sea un lugar donde nadie se sienta excluido... porque se saciarán.

Felices las personas misericordiosas, porque serán tratadas con misericordia

Alégrense las que abren su puerta, miran a los ojos a las personas, descubren sus miserias, intentan comprenderlas y las aman. Alégrense las personas que son compasivas con aquellas que no las quieren bien... porque serán tratadas con misericordia.

Felices las limpias de corazón, porque verán a Dios

Alégrense las sencillas, las auténticas, las que comunican de corazón a corazón. Alégrense las personas sin doblez, que siempre piensan positivo, y sacan lo mejor de los demás, que gusto es estar a su lado... porque ellas verán a Dios.

Felices las que trabajan por la paz, porque se llamarán hijos e hijas de Dios

Alégrense las personas que tienden puentes y han consagrado su vida a ser agentes de reconciliación. Alégrense aquellas que luchan cada día por defender una paz que no es un logro que se atesora, sino un tesoro a cuidar... porque se llamarán hijos e hijas de Dios.

Felices las perseguidas por la justicia, porque el reinado de Dios les pertenece

Alégrense las que, pese a las dificultades y los miedos, siguen luchando por la justicia. Alégrense las que son perseguidas a causa de la Buena Noticia y han puesto su confianza en el Señor... porque el reinado de Dios les pertenece.



ANÁLISIS

La sinodalidad en los institutos de vida consagrada

“Somos itinerantes y nuestra sociedad se configura desde una condición de migratoriedad que ha transformado el tejido de la convivencia humana”

Liliana Franco Echeverri, odn
Presidenta de la CLAR

SOMOS IGLESIA

La certeza de que la Iglesia nació de la acción del Espíritu, en dinámica de experiencia y transmisión, nos confirma en el hecho de que nuestro peregrinar como cristianos, solo se entiende en comunidad, con otros, en la apasionante y no fácil tarea de reconocernos hermanos. Por algo la utopía del cristianismo es la fraternidad, la sororidad.

La vida consagrada nació en la Iglesia y esta convidada a sentir con la Iglesia¹. La Iglesia es la comunidad de los que en la diferencia creen, de aquellos a los que convoca el Espíritu de Jesús y se saben portadores de una misión que va, más allá de ellos mismos, que los trasciende. Su razón de ser es evangelizar, es humanizar.

Desde el origen, para los cristianos, estuvo claro el horizonte: dar cuenta de la buena noticia que los habitaba, fortalecerse para el anuncio y desde el comienzo, así lo narran todos los textos que hacen referencia a las *comunidades cristianas primitivas*, se hizo desafiante abordar las innegables diferencias que los identifican: “Me refiero a que cada uno de ustedes dice: «Yo soy de Pablo», «Yo de Apolo», «Yo de Cefas», «Yo de Cristo»”².

Nacimos, caminantes, peregrinos, por algo, a los cristianos nos llamaron en Antioquía³: los del camino. Lo propio del cristianismo es la salida, la andadura, el cruzar de una frontera a otra, con la consciencia de estar habitados por Jesús y anunciando el Evangelio, haciendo Reino. Sin lugar a dudas, en este siglo, ese rasgo de identidad se acrecienta, porque la globalización nos ha situado en el escenario de lo plural, en una geografía sin límites, en la que no existen fronteras ni políticas, ni económicas. Somos itinerantes y nuestra sociedad se configura desde una condición de migratoriedad, que ha transformado el tejido de la convivencia humana.

CONVOCADOS A LA MISIÓN

La vida consagrada por sí misma es evangelizadora⁴. Y en ese sentido consagración, comunidad, misión se convierten en el trinomio que nos da identidad y articulación eclesial. Sin embargo, lo típico de nuestro estilo de vida es lo comunitario, existimos para aprender el arte de hacernos hermanos, esa fue la vocación que se nos confió y esa la tarea que tenemos en este hoy de la Iglesia. Eso es lo que nos corresponde al interior de la comunidad eclesial.

Es innegable el papel que jugaron las órdenes religiosas en los procesos de evangelización de nuestros pueblos y el que siguen teniendo hoy, ubicadas en las periferias y en las esquinas existenciales y sociológicas a las que nadie quiere ir. O en las universidades y colegios aportando al desarrollo del conocimiento y el saber desde criterios y valores más evangélicos. O allí donde hay un migrante, una persona en riesgo de trata, un enfermo terminal, un anciano abandonado... Ser comunidad, ser en misión, ser con otros, es sin duda la opción de la vida consagrada. A esto ha sido llamada, a vivirse y desvivirse al estilo de Jesús, por la utopía que permanece: el Reino.

Porque este es el envío, tiene sentido preguntarnos de cara a la construcción de la comunidad eclesial: ¿cuál es el lugar de la vida consagrada, en el complejo y significativa espiral eclesial? ¿Cuál es hoy la misión específica de la vida consagrada? Será sin duda, ser discípulos, profetas y misioneros. Ese horizonte de sentido, no pierde validez.

SE RENUEVA LA LLAMADA

Dios se empeña en llamar, no para de contar con los seres humanos, lo suyo es crear permanentemente y nos invita a

ser cocreadores con Él. A cada uno nos convoca, desde un carisma, un lugar, un tiempo y un modo distinto en la Iglesia. Las tres vocaciones que configuran el rostro de la Iglesia son: la vocación a la vida laical, a la vida consagrada y al ministerio ordenado.

A nosotros nos ha llamado a la vida consagrada y esta andadura la hacemos con otros, llamados a otras vocaciones. Cada vocación es un don para la Iglesia, ninguna se puede vivir de manera aislada o marginal y ninguna excluye a la otra, todas se complementan y son necesarias. Todas las formas de vida eclesial son don y gracia, compromiso y proyecto que da sentido a la existencia.

Esta certeza, ha estado presente en la reflexión de la Iglesia, que así lo ha expresado:

«Las diversas formas de vida en las que, según el designio del Señor Jesús, se articula la vida eclesial presentan relaciones recíprocas sobre las que interesa detenerse. Todos los fieles, en virtud de su regeneración en Cristo, participan de una dignidad común; todos son llamados a la santidad; todos cooperan a la edificación del único Cuerpo de Cristo, cada uno según su propia voca-

ción y el don recibido del Espíritu (cf. Rm 12,38). La igual dignidad de todos los miembros de la Iglesia es obra del Espíritu; está funda-

Nuestro peregrinar solo se entiende en comunidad, con otros...

da en el Bautismo y la Confirmación y corroborada por la Eucaristía. Sin embargo, también es obra del Espíritu la variedad de formas. Él constituye la Iglesia como una comunión orgánica en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios»⁵.

Juan Pablo II, manifestó insistentemente, que la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia. Y ella es un único rostro, con múltiples matices.

Son diversas las formas que expresan la vida consagrada, ellas están contempladas en la Exhortación Apostólica postsinodal *Vita consecrata*: vida monástica en oriente y occidente, orden de las vírgenes, vida religiosa contemplativa, vida religiosa apostólica, institutos seculares, institutos seculares clericales, sociedades de vida apostólica, nuevas formas de vida consagrada. Todas tienen un lugar significativo en la

Iglesia. Todas aportan a la configuración del rostro de la Iglesia, todas son expresión de un deseo de vivir con radicalidad y renovado entusiasmo la opción por Jesús, la pasión por el Reino.

En la génesis de nuestra vocación está esa experiencia profunda y vital que tenemos de un Dios que se acerca a nuestra realidad y que conociendo lo que somos, nos llama más allá de la geografía de nuestra cotidianidad, a ser para el Reino, a ser en Iglesia, a ser con otros; hoy esa llamada, se renueva y resuena con fuerza y sentido, como señalando el horizonte al que se debe caminar.

EL GOZO DE SER CON OTROS

Un modo auténtico de ser, de actuar, de vivir, surge en el arte de la relación, se cultiva en el encuentro, se valida en el trasfondo de un mensaje que consolida y configura la identidad. Toda relación que tiene su fundamento en el amor y se enriquece en el vínculo, hace que se acreciente la alegría y que se abran canales válidos para la comunicación, el intercambio y la construcción colectiva. José Cristo Rey García Paredes, en la relectura que hace de *Vita consecrata*, expresa:

«La vida consagrada no tiene como objetivo aislarse de las demás formas de vida cristiana: está llamada a interrelacionarse con ellas y formar parte del “nosotros eclesial”, del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. De modo que el bien de un miembro contribuye en la riqueza y bienestar de todo el cuerpo.

Todos en la Iglesia participan de una dignidad común, todos son llamados a vivir en santidad y a cooperar en la edificación del cuerpo de Cristo; pero el Espíritu concede diferentes dones. Así la Iglesia es comunión orgánica de diversas vocaciones, carismas, ministerios».

Es evidente que la vida consagrada se encuentra justo en el conticinio, en ese momento de la noche en el que todo está en absoluto silencio, como esperando que resuene la Palabra, esa capaz de fecundar, de conferir sentido y misión, de señalar el rumbo y dar gozo al ser. Y la vida consagrada inmersa en la espesura de la noche, puede expresarse en toda su belleza, su plenitud y su autenticidad.

Es verdad que hoy es más frágil, más pequeña, está más herida y limitada, tiene menos trincheras y seguridades y, por tanto, es más apta para posar el corazón en lo fundamental y para que, con

humilde osadía, pueda recrearse en el Espíritu de Dios, capaz de hacer nuevas todas las cosas. El papa Francisco, consagrado por vocación y convicción, sabe bien que nuestro momento es fecundo y que, en esta noche prolongada, solo la centralidad en Jesucristo devolverá a la vida religiosa su identidad mística, profética y misionera.

Perdemos vitalidad cuando nos fundimos plácidamente en lo institucional y olvidamos la esencia, nos homogenizamos en moldes y formas que nos recortan. La fecundidad, le llega a la vida consagrada, cuando se dispone al encuentro, cuando acoge la diferencia y posibilita el desarrollo de dones y carismas en diversidad y complementariedad. Alcanzamos vitalidad, cuando trascendemos la idolatría del individualismo y nos disponemos al arte de lo común, posibilitando la escucha que convierte, la palabra que dinamiza, el compromiso que abre nuevos caminos.

Un matiz específico de nuestra consagración es la vivencia comunitaria. En el carisma, que a cada uno de nosotros se nos ha concedido, hay una tendencia a lo que se construye con otros, en complementariedad y corresponsabilidad y eso exige apertura a la diversidad,

capacidad de aunar ritmos, de combinar lenguas, culturas, sensibilidades y visiones. Supone una nueva mirada contemplativa que nos posibilite descubrir el bien, la verdad y la belleza que habitan en cada ser humano.

En un mundo de polarizaciones e individualismos, la comunión es el mayor testimonio que podemos dar a nuestros conciudadanos. La utopía de la fraternidad debe ser para nosotros horizonte de sentido y esta requiere de una dosis ilimitada de ternura. Solo el ejercicio cotidiano de la ternura, nos hará más humanos y reflejará con mayor nitidez el rostro de Dios entre nosotros.

Nada que nos encierre y nos resguarde es evangélico. Lo propio del cristiano es el camino, la apertura, el don del otro, del radicalmente Otro.

UNIDOS EN LA PASIÓN POR EL REINO

Estamos convocados a la unidad: que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado⁶.

La unidad es un atributo que configura la identidad, que conserva la esencia, que asegura la armonía, que favorece pasar la prueba del tiem-

po. Donde hay unidad se constata sintonía, comunión en los valores y en los criterios. La unidad, no excluye la diferencia, y tiene como un irrenunciable la armonía que resulta del encuentro, la comunicación y el vínculo. Exige relación y el cara a cara de la gratuidad.

Se construye, y en ella, hay lugar para la vulnerabilidad, la fragilidad y el límite, supone el ejercicio permanente de la reconciliación y el perdón y exige desacomodarse y aprender. No es posible allí donde hay soberbia, espirales de poder anquilosadas y mucho menos donde no existe flexibilidad y apertura al Espíritu.

Exige tener un horizonte vital común y un marco teórico que asegure la comunión y nosotros, los consagrados, lo tenemos dado por una serie de documentos que en la andadura eclesial nos van señalando criterios y posibilidades de encuentro y relación: *Lumen gentium, Perfectae caritatis, Renovacionis causam, Evangelica testificatio, Mutua relationes, Ecclesiae Sanctae...*

La eclesiología postconciliar que se encuentra expresada en las exhortaciones apostólicas postsinodales: *Christifideles laici, Pastores dabo vobis, Vita consecrata,*

Pastores gregis... nos sirve de referente a la hora de ahondar en la dinámica eclesial y el espíritu sinodal, que estamos llamados a vivir, los que tenemos como inspira-

Exige tener un horizonte vital común que asegure la comunión

ción y centro de nuestra vida el Evangelio de Jesús.

En la introducción de *Vita consecrata*, en los números 1 y 2 se expresa:

«La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu».

También se señala que:

«... a lo largo de los siglos nunca han faltado hombres y mujeres que, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han elegido este camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con corazón “indiviso” (cf. 1Co 7,34). También ellos, como los apóstoles, han dejado todo para estar con Él y ponerse, como Él, al servicio de Dios y de los hermanos. De este modo han contribuido a manifestar el misterio y la misión de la Iglesia con los múltiples carismas de vida

espiritual y apostólica que les distribuía el Espíritu Santo, y por ello han cooperado también a renovar la sociedad».

La unidad es fruto de la acción del Espíritu y nos exige vivir lo que propuso el papa Francisco, en su carta con motivo del año de la vida consagrada:

«Vivid la mística del encuentro: la capacidad de escuchar, de escuchar a las demás personas. La capacidad de buscar juntos el camino, el método, dejándoos iluminar por la relación de amor que recorre las tres Personas Divinas (1Jn 4,8) como modelo de toda relación interpersonal».

Este peregrinar, con otros, en Iglesia, estamos llamados a hacerlo también, intercongregacionalmente. En un diálogo carismático que haga posible que, a la riqueza de la intuición de cada fundador, se sumen otras sensibilidades, con la consciencia que cada carisma es don para la Iglesia y don de la Iglesia para todos.

El testimonio de la amistad entre religiosos de diversas congregaciones, los esfuerzos compartidos por sacar adelante proyectos comunes, la búsqueda incansable de respuestas a los desafíos del momento histórico, es ya evi-

dencia de que Dios está entre nosotros para hacernos uno. El horizonte es caminar como hermanos, en gratuidad, acogiendo nuestras diferencias, potenciando lo mejor de cada uno, construyendo un proyecto común, entonando la melodía de la fraternidad y la sororidad.

La teología de la vida consagrada, tiene ante sí el desafío de escudriñar en la fuente, en el origen de los carismas fundacionales, para desentrañar el potencial de originalidad y vitalidad que los habita y que los hace pertinentes y necesarios en cada momento de la historia. El carisma, que se nos dio gratis y en abundancia, nos compromete a caminar en coherencia y autenticidad, a vivir en la verdad que libera, a pronunciar palabras que estimulan y animan, a estar junto a quienes buscan la justicia y la paz, a comulgar con aquellos que creen y a compartir con aquellos a quienes les cuesta creer. El carisma que nos da identidad, alcanza su plenitud cuando se encuentra con otros carismas y juntos evidencian lo más típico y original del Reino: la mesa común, en la que hay lugar para todos, la que nos hace Iglesia, pueblo de Dios.

Así lo plantea el Papa, invitándonos a ensanchar la tienda, a ir más allá:

«Nadie construye el futuro aislándose, ni solo con sus propias fuerzas, sino reconociéndose en la verdad de una comunión que siempre se abre al encuentro, al diálogo, a la escucha, a la ayuda mutua y nos preserva de la enfermedad de la autorreferencialidad.

La vida consagrada está llamada a buscar una sincera sinergia entre todas las vocaciones en la Iglesia, comenzando con los presbíteros y los laicos, así como a fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines»⁷.

También el Papa invita a los obispos a reconocer en los diversos carismas dones que enriquecen a la Iglesia y a situarse ante los consagrados con una mirada capaz de valorar y agradecer el don que su persona y su carisma aporta al conjunto de la Iglesia y de los procesos de evangelización:

«Nosotros los obispos debemos comprender que las personas consagradas no son materiales de ayuda, sino que son carismas que enriquecen a la Iglesia. Las diócesis necesitan estos carismas. La inserción diocesana de las comunidades religiosas es importante, como lo es que el obispo reconozca y respete

sus carismas. En general los conflictos surgen cuando hay falta de diálogo» (82 A.G. 2013).

UNA IGLESIA SINODAL Y EN MISIÓN

El discipulado misionero, tan propio de nuestra identidad y tan recurrente en las reflexiones de la teología actual, se hace invitación en palabras del papa Francisco:

«Estamos invitados a ser hombres y mujeres audaces, de frontera: Nuestra fe no es una fe-laboratorio, sino una fe-camino, una fe histórica. Dios se ha revelado como historia, no como un compendio de verdades abstractas. [...] No hay que llevarse la frontera a casa, sino vivir en frontera y ser audaces»⁸.

Estamos llamados a traspasar fronteras para contemplar con los ojos de Dios la realidad de cada pueblo y las situaciones en las que urge una mano tendida, un corazón capaz de compasión. Hemos sido convocados a lanzarnos “mar adentro”, tendiendo a lo profundo, a navegar sin miedo, a echar con constancia y radicalidad las redes hasta que la barca de nuestro apostolado derroche fecundidad.

Cada persona, cada forma de vida consagrada y de vida al interior de la Iglesia, es única, irrepetible, irremplazable,

compleja, dinámica. Cuando nos acercamos al otro, cualquiera que sea, somos, como lo señala Gabriel García Márquez, en su libro *Cien años de Soledad*: “curiosos asomados al precipicio de la incertidumbre”.

Todos en nuestra diferencia somos tierra sagrada, posibilidad, tesoro, pero también enigma indescifrable, territorio virgen imposible de delimitar y calcular. Pertenece- mos al mismo género y, sin embargo, no alcanzamos a conquistar el misterio que nos habita. Somos miembros de la misma comunidad eclesial y constatamos diferencias significativas en los modos de nuestra experiencia creyente.

Somos distintos, maravillosamente distintos, en culturas, lenguas, criterios, visiones del mundo, sensibilidades, gustos... La diferencia es puente, posibilidad, riqueza, condición para el encuentro. Sin embargo, nosotros hemos hecho de ella una bandera con la que nos cubrimos el rostro, una frontera y minamos el área ale- daña para impedir el paso a los extraños, una consigna que nos ensordece e incapacita para escuchar otras voces y otros clamores.

Cuánta razón tenía el Principito, cuando afirmaba:

«A los mayores les gustan las cifras. Cuando se les habla de un nuevo amigo, jamás preguntan sobre lo esencial del mismo. Nunca

Todos en nuestra diferencia somos tierra sagrada, posibilidad, tesoro

se les ocurre preguntar: “¿Qué tono tiene su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Le gusta coleccionar mariposas?”. Pero en cambio preguntan: “¿Qué edad tiene? ¿Cuántos hermanos? ¿Cuánto pesa? ¿Cuánto gana su padre?”. Solamente con estos detalles creen conocerle»⁹.

Para convivir es fundamental el conocimiento, porque solo amamos, aquello que conocemos y convivir, es sin duda, el arte de conocernos, de vivir en compañía, de ser y hacernos Iglesia, en la pedagogía del encuentro y la comunicación. Aprender a convivir es hoy más que nunca un imperativo, una urgencia.

El papa Francisco expresó en la carta con motivo del año de la vida consagrada que:

«...en una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, esta-

mos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas»¹⁰.

Abrir los ojos para detectar aquellos lugares en los que la vida sigue siendo amenazada de muerte y ser portadores allí de una palabra y un testimonio que permita optar por la justicia, motivar al perdón, defender a las víctimas, repartir con generosidad el pan y las posibilidades, expresar el amor con gestos de ternura, esa tiene que ser la prioridad en la que nos empeñemos los consagrados, junto a quienes están llamados a la vocación a la vida laical o al ministerio ordenado.

Urge nuestro compromiso profético, pero también apremia que abramos nuestro corazón a los más pobres, para que su voz, su realidad nos resuene, nos desafíe, nos confronte, nos incomode, nos convierta.

Hoy, se nos sigue llamando a vivir en estado de éxodo y de servicio, de itinerancia y peregrinación. Hacernos eco de la realidad, comprometernos, tomar posición y asegurar que todas nuestras energías sean invertidas en

el trabajo por el Reino, desde los valores y criterios del Evangelio. No caer en el engaño de la autoreferencialidad, del consumo, del individualismo y de las teorías, de los modos y las posiciones que nos dividen, desintegran o acomodan.

Debemos pronunciar palabras que le devuelvan a los más débiles su porción de esperanza, de alegría y de dignidad. Y ojalá, permitamos que su vida, la de los más pobres, sea la palabra que Dios usa, para invitarnos a vivir con más coherencia y radicalidad nuestra vocación de consagrados.

A LA ESCUCHA Y CON OTROS, NOS RENOVAMOS EN ESPERANZA

La certeza de que, como pueblo de Dios, estamos llamados a transitar nuevos caminos, nos sitúa a los creyentes en el lugar de la escucha, único desde el cual, podremos sopesar, comprender y asumir los desafíos sociales, culturales, ecológicos que este momento histórico le plantea a la Iglesia y que le supondrán desarrollar una actitud dialógica, apostar por nuevas relacionales y situarse en camino con otros desde la experiencia de que solo el diálogo nos hace crecer. Desde nuestra identi-

dad de sujetos eclesiales y conscientes de que, por el bautismo y el sacerdocio común, tenemos una misma dignidad, nos sentimos llamados a contribuir a la configuración de una Iglesia más sinodal.

Echarnos a andar con otros en este hoy de la Iglesia y de la vida consagrada, nos llevará a construir juntos y esto podremos hacerlo desde las tres “P” de la comunión:

- Pertenencia: Sabernos vinculados a algo o a alguien que nos trasciende. La experiencia de pertenecer nos confiere identidad, es cues-

ción de amor, de un vínculo en torno al cual se construye el proyecto de vida. La conciencia de que hacemos parte nos hace vitalmente responsables, por amor nos transformamos en guardianes del don, en custodios del tesoro, en incansables sembradores de toda semilla que anticipe abundancia para aquel o aquello a lo que vitalmente nos arraigamos. Es cuestión de raíces.

- Participación: Lo común nos ubica en el lugar de la participación, de la construcción colectiva. Es la dinámica en la que la voz de todos



resuena distinta y por eso complementaria. La pasividad del espectador no tiene lugar en esta lógica, tampoco el juicio mezquino de quien solo critica. Participar es darse, es saberse artífice y constructor, es disponerse para los procesos que requieren de entrega y constancia, para lo gratuito y desinteresado del Reino.

- Paciencia: sin este don es imposible nada que perdure. Todo lo realmente importante requiere tiempo. Hacer que acontezca lo común, supone creer en el valor de los procesos y estos implican tiempo



y acompañamiento. La paciencia es la disposición para que irrumpa lo común y salgamos de esquemas que disfrazados con traje de eficiencia limitan la sabiduría, acorralan la belleza, excluyen y no dan lugar a la sana y necesaria diferencia.

La constante es la noche y en ella la certeza de la esperanza. Con belleza literaria se expresa en el libro *Las mil y una noches*: "...solo queda la esperanza, la esperaré hasta que salga el sol"¹¹. Tenemos que ser como Moisés, quien se mantuvo en pie, como si viera al Invisible¹². Era también la experiencia de Pablo: la noche va pasando, el día está encima¹³.

Dios no para de crear y recrear, también lo hace en la noche y en esa convicción tiene que hacer trinchera nuestra esperanza:

«No debemos tener miedo de abandonar los "odres viejos". Es decir, de renovar las costumbres y las estructuras que, en la vida de la Iglesia y, por lo tanto, también en la vida consagrada, reconocemos que ya no responden a lo que Dios nos pide hoy para extender su Reino en el mundo: las estructuras que nos dan falsa protección y que condicionan el dinamismo de la caridad; las costumbres que nos alejan del rebaño al

que somos enviados y nos impiden escuchar el grito de quienes esperan la Buena Noticia de Jesucristo»¹⁴.

Tiene que renacer la esperanza y con ella, se harán nuevas las respuestas, esas que nos permitan repensarnos al ritmo del Espíritu y la gracia.

«La esperanza de la que hablamos no se basa en los números o en las obras, sino en Aquel en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. 2Tm 1,12) y para quien "nada es imposible" (Lc, 1,37). Esta es la esperanza que no defrauda y que permitirá a la vida consagrada seguir escribiendo una gran historia en el futuro, al que debemos seguir mirando, conscientes de que hacia Él es donde nos conduce el Espíritu Santo para continuar haciendo cosas grandes con nosotros» (*Testigos de la Alegría C.A. 2014*).

Es otra lógica, la del Espíritu, la que nos lleva siempre más allá de lo que somos capaces de calcular o suponer. La que nos sitúa en el lugar de lo pequeño y nos hace valorar lo gratuito, celebrar la amistad y cuidar lo comunitario. La que nos lanza por senderos desconocidos y nos exige atrevernos a lo insospechado del Reino, de la mano de Dios. Es la

lógica de quienes confían. En un texto que el Padre Alberto Ramírez, sacerdote de la Arquidiócesis de Medellín, escribió poco antes de morir, expresaba:

«La alegría para recibir el Evangelio y para comunicarlo tiene como fundamento la esperanza. Quien experimenta en su corazón la alegría del Evangelio no puede tener, frente al futuro, una actitud diferente a la de la confianza. Es algo que tiene fundamentos teológicos: es cierto que el Dios en quien creemos es el de siempre, el de todos los tiempos y por lo tanto también el de los tiempos ya cumplidos; pero también lo es que, según la revelación de Jesús, nuestro Dios, es en definitiva el Dios del futuro, que está siempre por venir».

El estilo sinodal es en este momento histórico, el nuevo modo de ser y hacer de la Iglesia. Caminar juntos, es la condición para, en escucha de la realidad, responder de manera evangélica a los desafíos de este momento histórico.

«Esto desde la certeza de que la Iglesia debe articularse internamente de un modo que facilite la responsabilidad de todos a fin de hacerse presente de manera nueva en la historia, en el mundo, en la sociedad. La sinodalidad

será precisamente una vía necesaria o, al menos, posible para conjugar lo diverso, armonizar lo diferente y equilibrar lo contrario¹⁵. Anclados en la certeza de que la eclesiología de comunión se nos presenta como elemento constitutivo y necesario en la Iglesia»¹⁶.

El hoy de la Iglesia y la sociedad, nos exige ejercitarnos en la profecía de lo comunitario, caminar con consciencia de que somos pueblo de Dios y con osadía situarnos humildemente, desenmascarando las marañas del poder que deshumanizan. Se trata de volver a lo original del Evangelio y optar por el amor que dignifica. Empeñarnos en la utopía de lo fraterno, es el más auténtico testimonio que podemos dar en este hoy de la humanidad. 

8 SPADARO, ANTONIO, Entrevista al papa Francisco, en: *La Civiltà Cattolica*, 164 (2013/III), 474.

9 SAINT-EXUPÉRY, A. D., (2001). *El principito* (B. del Carril, Trad.). Boston, MA: Mariner Books. (Obra original publicada en 1943).

10 *Carta Apostólica del Santo Padre Francisco a todos los consagrados*, Vaticano, 21 de noviembre de 2014.

11 ANÓNIMO, *Adaptación: Tarnowska, Wafa. Las mil y una noches*, La Galera, Barcelona 2010, p. 128.

12 Heb 11,27.

13 Rom 13,12.

14 A. P., CIVCSVA, 2014.

15 BUENO, ELOY – CALVO, ROBERTO, *Una Iglesia Sinodal: Memoria y profecía*, BAC, Madrid 2000.

16 MARTÍNEZ OLIVERAS, CARLOS, *Synodus: Sinodos eclesiales y vida consagrada*, Ed. Pcl, Madrid 2016.

1 Expresión anclada en la tradición de la Espiritualidad Ignaciana.

2 1Cor 12,1.

3 Antioquia de Siria, cuna del cristianismo.

4 JUAN PABLO II, *Carta Apostólica a los Religiosos y Religiosas de América Latina*, con motivo del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo.

5 *Vita consecrata*, n. 31.

6 Juan 17,21.

7 *Carta Apostólica del Santo Padre Francisco a todos los consagrados*, Vaticano, 21 de noviembre de 2014.



“Si todo es sueño, nada es sueño” Para discernir los sueños en la vida consagrada

El método “apreciativo” se propone:
“descubrir lo mejor que hay entre nosotros”, “soñar” a partir
de lo mejor que hemos encontrado, “diseñar” el sueño
emergente y posible, “hacer el diseño realidad” a través
de colaboración, trabajo inteligente y perseverante¹

José Cristo Rey García Paredes, cmf
Consejo de dirección de VR

La vida consagrada en sus diversas formas
está muy interesada en esta metodología
a la hora de afrontar los desafíos de este
tiempo en sus reuniones y capítulos. No obs-
tante, hay personas que desconfían de los

“sueños” y ridiculizan el hecho de que pueda
hacerse realidad un futuro “soñado”. Y pro-
bablemente, también hay personas excesi-
vamente ingenuas y crédulas que confundan
los sueños con las meras “ocurrencias”. Por

eso, puede ser oportuno, preguntarse: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de “soñar”?².

Con motivo de su famosa película *Los sueños* el director japonés Akira Kurosawa, dijo que “los sueños son la cristalización más pura, más desesperada, de nuestros deseos. El hombre es un genio cuando sueña. Desborda audacia y coraje, como un genio”. También el papa Francisco dijo que éste es un tiempo para soñar³.

¿POR QUÉ SOÑAMOS?

Se dice que a lo largo de nuestra vida pasamos no menos de seis años soñando. Soñamos, dicen los científicos para tirar basura, conexiones innecesarias y neutrales y dar espacio a la creatividad. Los sueños son una conexión con el inconsciente colectivo (Carl Jung). Muestran nuestra conexión con todas las cosas. La física cuántica ha abierto el camino para comprender por qué en los sueños se entra en una zona en la cual pasado, presente y futuro son uno.

Los sueños son frecuentemente más profundos cuando parecen más locos, decía Sigmund Freud. Y añadía: “La interpretación de los sueños es el camino real para conocer el inconsciente”. Los sueños han de ser decodificados; es necesario interpretar todos sus códigos.

Ralph Waldo Emerson decía: “No te dejes empujar por tus problemas, déjate guiar por tus sueños”;⁴ pues “los sueños son las respuestas de hoy a las cuestiones de mañana” (Edgar Cayce). Cinco minutos son suficientes para soñar toda una vida, es así cómo el tiempo es de relativo (Mario Benedetti).

¿QUÉ NOS DICE LA PALABRA DE DIOS?

Desde la Palabra de Dios descubrimos que los sueños son como una guía divina: voces celestiales y visiones concedidas a los profetas y transmitidas, después, a las multitudes, al pueblo.

Se dice que desde la perspectiva de Dios “los sueños son su lenguaje más profundo”. La interpretación de los sueños pertenece a Dios: eso ocurrió con José (Gen 40,8), con Daniel (Dan 7-12).

Los sueños bíblicos son frecuentemente el lenguaje de las emociones y contienen un gran simbolismo. Así acontece tanto en el libro del Génesis como en el del Apocalipsis. La cuestión está en cómo interpretar los símbolos de cada sueño. Y es ahí donde se encuentra la clave de interpretación, “¿en el significado primero” (The law of first use).

Daniel 2,1-13 prepara el escenario. El rey Nabucodonosor tuvo un sueño de noche que lo dejó turbado y le impedía dormirse de nuevo. Era, por otra parte, incapaz de recordarlo. Convocó a los magos y hechiceros de su corte y les ordenó que le dijeran cuál fue su sueño, para después poder, así, interpretarlo. Pero ninguno de ellos fue capaz de hacerlo. Nabucodonosor, enfurecido, ordenó que fueran

ejecutados todos, incluidos Daniel y sus tres amigos, Sidrac, Misac y Abdénago. Pero Daniel le mostró que ese sueño era un mensaje y una revelación de Dios, que el mismo rey tenía que

descubrir. Daniel pidió un tiempo para interpretarlo.

Para el pensamiento bíblico los sueños vienen de Dios. Por eso, hemos de interceder

Los sueños bíblicos son el lenguaje de las emociones y contienen un gran simbolismo

para entenderlos adecuadamente, pedir consejo, saber superar las tensiones que el sueño puede suscitar. El sueño es de Dios en mí. El sueño no es un trofeo mío. Todo el mundo sueña. Es justamente uno de los lenguajes del cielo. Los sueños tienen poder profético, como las revelaciones y el espíritu de sabiduría:

- El proto-evangelio de Mateo nos presenta a José, el esposo de María como un ser humano que se deja guiar por el camino de los sueños para cuidar y proteger a “la Madre y al Niño”.

- También los Hechos de los Apóstoles nos muestran cómo Simón Pedro fue abriendo nuevos horizontes a la comunidad del Resucitado, guiado por el sueño que le fue concedido (Hech 10).

Dios nos habla a través de los sueños. No se trata de meras ocurrencias, sino de sueños de revelación, que acontecen en el proceso espiritual. El salmo 127,2 dice que Dios habla a sus amigos mientras duermen.

El “Enemigo” a veces nos roba los sueños, como le ocurrió a Nabucodonosor. Se hace necesario pedirle a Dios que no perdamos la memoria de nuestros sueños.

LA DIVERSIDAD DE LOS SUEÑOS

Los sueños son tan diversos como las lenguas habladas, los vestidos que vestimos y la comida que comemos.

- ¿De qué están hechos los sueños?
- ¿Son regalos espirituales que hemos de extraer de su envoltura?

Los sueños de revelación se deben clasificar bajo la categoría del don espiritual de “profecía”, o el don de “discernimiento de

espíritus”. Los dones espirituales son como el arcoíris, donde es difícil mostrar las fronteras entre los diversos colores.

El lenguaje de los sueños no es un lenguaje muerto, sino dinámico y vivo. Nosotros recibimos los sueños primero en nuestro subconsciente y solo después nos hacemos conscientes

de ellos en nuestra mente consciente.

“Cuando el Espíritu de la verdad venga, os guiará hacia la verdad completa” (Jn 16,13).

El Espíritu Santo nos va descubriendo lo que ha de venir. Dios es creador de una increíble diversidad; Él ama la variedad. La diversidad no solo en el mundo creado natural, sino también en el reino de lo espiritual.

“Hay diversidad de dones espirituales, pero todos proceden del mismo Espíritu” (1 Cor 12,4).

Así también ¡hay diversidad de sueños!

¡NUESTROS SUEÑOS!

A nosotros nos toca ahora, descubrir, descifrar, decodificar e interpretar los sueños que en diversas partes del mundo y en conversaciones significativas nuestros hermanos y hermanas comparten. Verificamos que, en nuestra Iglesia, pero también en sus grupos y comunidades, en la humanidad y en sus naciones y continentes, hay sueños, soñadoras y soñadores como también los hubo en el pasado. Hay entre nosotros soñadores como el patriarca José, el profeta Daniel, el apóstol Pablo. Y, sobre todo, soñadores como Jesús, que predicaba con tanta convicción, con milagros y portentos, la llegada y presencia del Reino de Dios Abbá. Al igual que

los soñadores bíblicos, los soñadores de hoy son puntos de revelación y transmisores fieles de ella (cf. 2Tim 2,15).

CLAVES DE INTERPRETACIÓN

He aquí algunas claves de interpretación:

- Los sueños no se confunden con nuestros buenos deseos. Los sueños no son fantasías de personas optimistas que confunden el buen deseo con la realidad. Podemos “soñar” o “imaginar” que nuestros deseos se hacen realidad, dando un salto hacia adelante, pero sin garantías.

- Los sueños no son los frutos de las semillas. Los sueños aparecen como algo inesperado. Los frutos son el *futurum* de las semillas plantadas. Ese es el lugar de los progresistas políticos. Los sueños nos hablan de algo que está por venir, del *adventus*. Ese es el lugar de los profetas. Autores como Jacques Derrida o Jürgen Moltmann distinguen –y muy acertadamente– entre futuro y porvenir (futuro en *avenir* o *futurum* y *adventus*). Y explican muy bien la distinción, diciéndonos que el *futurum* es aquella realidad todavía no existente, pero que está en nuestras manos hacer realidad: un edificio, una organización, un evento que preparamos para un determinado día... El *futurum* va desde nosotros hacia adelante. Es obra nuestra.

Lo propio de los progresistas es el *futurum*.

- Lo propio de los sueños es nuestra falta de protagonismo. Soñadores son personas agraciadas con la anticipación de algo que todavía no existe, pero existirá. Soñadores son los artistas, los fundadores, los creadores... En un determinado momento reciben algo así como la anticipación de aquello que sucederá.

SUEÑOS PROVENIENTES DEL ESPÍRITU SANTO: DIVERSIDAD

El Espíritu es su fuente. Pero también puede serlo uno mismo, o incluso el mal espíritu. Doce categorías básicas de sueños que recibimos del Espíritu Santo, Sueños de:

- Vocación y destino: las llamadas de Dios nos hablan del plan de Dios para una ciudad, una nación. A veces son sueños panorámicos que parecen abarcar pasado, presente y futuro.

- Edificación: sueños en los que uno se “siente bien”, apto para cualquier cosa grande. Producen esperanza y mucho ánimo. Jacob en Gen 28 es un buen ejemplo: el sueño de la escalera de Jacob, Dios le promete a Jacob estar con él y hacerlo prosperar. Fue un sueño que lo animó y cambió el curso de su vida. Estos sueños generan esperanza.

- Exhortación: son sueños que animan, que dan ánimo, que exhortan y frecuentemente con un gran sentido de urgencia. Llamam a tomar la iniciativa. Producen fe. Ofrecen una precisa detallada pintura de lo que está en escena, especialmente en contra de los espacios diabólicos. ¡Ánimo y actúa!

- Consuelo: sirven para curar nuestras emociones y memorias. Ayudan a reinterpretar las circunstancias de nuestro pasado

con lentes celestiales para ver las cosas de forma diferente. Ofrecen una sanación emocional.

- Corrección: revelan cambios personales (asuntos de carácter,

de corazón, de arrepentimiento) que necesitamos poner en orden. No son sueños de condenación. El Espíritu Santo nunca condena. Ayudan a volver a Dios y acoger su corrección.

**Se trata de una visión
que se nos concede. Vemos
lo que todavía no existe**

- Dirección: Contienen un alto nivel de revelación y son obviamente de naturaleza muy profética. Ofrecen una guía especial y pueden incluir incluso advertencias de algún tipo. Fue así el sueño de los magos en Mt 2 a quienes Dios advirtió de no volver a Herodes. Y emprendiendo una ruta alternativa. A veces estos sueños nos colman de un deseo de una determinada cualidad espiritual o dimensión que no tenemos y nos inspiran a tratar de alcanzarla.

- Instrucción: Sueños que nos enseñan. Las Escrituras son frecuentemente iluminadas en estos sueños y frecuentemente se escucha una voz que habla. A veces son de índole doctrinal y otras de índole revelatoria.

- Purificación: Son sueños que tienen que ver con el lavarse, sueños de santificación, de purificación. Cristo prepara a su Esposa para que esté totalmente purificada por dentro y por fuera. Es la aplicación de la sangre purificadora de Jesús en nuestras vidas.

- Reveladores del corazón o sueños de auto-manifestación. Dice la Escritura: “El corazón es más decepcionante que cualquier otra cosa y está desesperadamente enfermo, ¿quién lo dará entender” (Jer) y Jesús nos dice que “de la abundancia del corazón habla la boca”. Estos sueños nos indican donde nos encontramos ante Dios. Cuando Abimelec tomó a la esposa de Abraham, Sara, en su harem, pensando que ella era hermana de Abraham (tal como Abraham le había dicho), Dios se apareció a Abimelec en un sueño y le advirtió que no siguiera adelante porque Sara era esposa de Abraham.

- Lucha espiritual, son llamadas a orar. Son sueños de intercesión que revelan los impedimentos del camino y pueden incluir peticiones de adoración y ayuno⁵.

Hay, sin embargo, sueños que no proceden del Espíritu Santo, sino de los malos espíritus,

como los sueños oscuros (depresión, melancolía, descentramiento), sueños de miedo o pánico (pesadillas, traumas), sueños de decepción (que nos trasladan de un espacio de seguridad a otro de inseguridad, de la verdad el error o herejía, que nos llevan a actuar erróneamente).

NUESTROS SUEÑOS

Cuando nos situamos en la línea de los sueños, no estamos hablando únicamente de simples deseos de mejora, y menos de “ocurrencias innovadoras”, sino de una visión que se nos concede y nos permite vislumbrar lo que todavía no existe. El sueño es como un proceso de revelación progresiva.

El Espíritu Santo es el gran agente de los sueños. Y los sueños necesitan en un segundo momento ser “diseñados”. El diseño necesita el sueño, y el sueño se expresa en el diseño. Más tarde, los diseños se convierten en “compromisos” que pueden afectar a toda una comunidad o incluso a diversas generaciones, como el sueño de las catedrales medievales.

La humanidad tiene sueños que expresa en formas diversas. ¿Cómo ser creadores, innovadores, sin sueños? 

1 Cf. COOPERRIDER, DAVID L. – WHIRNEY, DIANA, *Appreciative Inquiry: A positive Revolution in Change*, 2005.

2 He inspirado mi reflexión en una variada bibliografía. Cf. Adam F. Thompson & Adrian Beale, *The Divinity Code. To understanding your dreams and visions, Destiny Image*, 2012; James W. Goll, *Dream Language: the Prophetic Power of Dreams*, Destiny image Publishers, 2006; Mike Bickle, *Growing in the Prophetic: A practical biblical guide to dreams, vision and spiritual gifts*, Charisma House, 2008.

3 POPE FRANCIS, *Let us dream: the path to a better future* (in conversation with Austen Ivereigh), Simon&Schuster, New York 2020.

4 WALDO EMERSON, RALPH, *The journals and notebook*.

5 Jer 30,17 (“te haré recobrar la salud”), Prov 6,30-31. Lev 17,11; Mt 8,16-17.



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Vareando colchones

Una de las actividades veraniegas que se hacían en mi noviciado, allá por los años 60, consistía en acarrear colchones a la terraza, sacarles la lana para airearla, varearla con unas palmetas de mimbre y deshacer los montones que se habían ido apelmazando. La operación, realizada alegremente a pleno sol de agosto, concluía volviendo a meter la lana, cosiendo la abertura y devolviendo el colchón mullido y esponjoso al somier de cada celda.

Esta costumbre puede parecerles del pleistoceno a los menores de 70 años pero, aunque esté obsoleta, puede ser la imagen de un trabajo que creo están necesitando nuestros voluntariados.

Una de las secuelas de la pandemia en la VC es que el frenazo de actividad que llevamos viviendo hace ya año y pico está teniendo consecuencias desproporcionadas en el humor de más de uno/a: “desde que no puedo ir a YYY, estoy fatal”; “desde

que X sale menos, está inaguantable”.

Teniendo esto en cuenta, quizá nos venga bien que les dé el aire a las “lanas” que sostienen nuestra actividad por si se han formado grumos, bolas y mazacotes que necesitan ser sacudidos y esponjados recordando que: cualquier actividad de voluntariado nace de la llamada a participar en la corriente poderosa del amor del Señor Resucitado y es Él quien nos impulsa a ponernos a los pies de quienes necesitan de nuestro cariño y nuestro servicio. Es decir que no lo hacemos para estar entretenidos, ni para sentirnos útiles, ni como pretexto para tomar las de Villadiego (esté donde esté Villadiego...) lejos de las turbulencias de la vida comunitaria.

Todo esto que tenemos teóricamente superclaro, conviene volver a recordarlo cuando hemos tenido que suspenderlos total o parcialmente sin saber cuándo podremos reemprenderlos. Pero si hay algo evidente es

que el Señor aprovecha cualquier rendija o grieta de nuestra vida para continuar con nosotros su peculiar tarea de voluntariado: conducimos de nuevo a la fuente de la que nace nuestro deseo de servicio, reanimar nuestros vínculos con las personas a las que queremos ayudar, hacernos comprender que, durante este tiempo, podemos hacerlo llevando sus rostros en el corazón y orando por ellos y con ellos.

Quizá nos empuje a saber más acerca de esos colectivos (migrantes, mujeres, ancianos, enfermos, personas con dependencias...) conocer más sus situaciones y mejorar nuestro acercamiento a sus vidas. Y posiblemente el Espíritu –siempre al quite para espabilarnos en cada situación–, nos descubra algunos voluntariados de proximidad que podemos seguir ejercitando: preguntar a sor Paula que tiene problemas de visión si quiere que le leamos en alto; sentamos sin prisa junto a fray Leonardo para escuchar sus historias de cuando estuvo en África; llamar por teléfono a personas que sabemos están solas para que noten cariño y cercanía... Y rematar la tarea siguiendo en *youTube* algunas rutinas de estiramientos que ayudan muchísimo a ponerse en forma y descargar energía.

Quien se anime con esto va a quedar mullido y esponjoso como un colchón renovado.

RETIRO MENSUAL



8 EN EL ESPEJO DE
MARÍA DE NAZARET

SANTIAGO AGRELO, OFM

EN EL ESPEJO DE MARÍA DE NAZARET

Quedó escrito en el primer retiro de este año: “Intuimos belleza y hondura de una vida que, por el amor con que se ocupa del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, sea imagen real de la fe con que la Virgen María acogió a su hijo Jesús, y de los cuidados con que rodeó la vida de aquel hijo de su fe”.

En este retiro intentaremos acercarnos a ese misterio que es María de Nazaret, para aprender de ella –aprender mirándonos en ella– a creer y a amar, y hacernos imitadores suyos en la fe y en el amor.

Con fe y amor, ella se ocupó de Jesús. Nosotros deseamos aprender aquella fe, aquel amor, para ocuparnos del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

El misterio de María de Nazaret

La Virgen María, Madre del Hijo de Dios, hija predilecta del Padre y templo del Espíritu Santo, es también «miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia y como su prototipo y modelo destacadísimos en la fe y en el amor»¹.

Recordamos con admiración lo que la Virgen María es, y, en su misterio, atisbamos con asombro lo que la gracia de Dios ha hecho de nosotros: hermanos, hermanas y madres de Cristo Jesús; hijos muy amados de Dios, en Cristo Jesús; templos del Espíritu Santo, en los que se ofrecen sacrificios espirituales que Dios acepta por Cristo Jesús.

En la Virgen María la Iglesia «llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga»². Nosotros recorreremos aún el camino que lleva al mismo destino de perfección y belleza.

En la Virgen María vemos ya cumplido el misterio de gracia que un día se ha de cumplir en toda la Iglesia.

Y a la Virgen María volvemos nuestros ojos de hombres y mujeres creyentes, caminantes que hemos de esforzarnos por crecer en santidad, pues ella resplandece ante nosotros como modelo de todas las virtudes, también como ejemplo preclaro de fe y de amor.

Una madre para el Hijo de Dios

La palabra profética había puesto ante los ojos del pueblo de Israel la admirable fecundidad de la tierra que el Señor Dios se comprometía a darles como propiedad hereditaria, fecundidad que era apenas una sombra de los bienes que, llegada la plenitud de los tiempos, había de recibir en herencia el pueblo de la Nueva Alianza.

El profeta vio «que manaba agua del lado derecho del templo», y oyó que el ángel le decía: «habrá vida dondequiera que llegue la corriente» (Ex 47, 1.9).

Y nosotros, mientras oímos el testimonio del profeta, volvemos los ojos de la fe a Cristo crucificado, y vemos «que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua» (Jn 19,34): vemos que del templo del Señor, del costado abierto de Cristo Jesús, mana el agua que, a donde llega, lleva con ella la vida.

El agua brota del que tiene sed de nosotros; la vida nace del que la ha entregado por nosotros; agua, vida y salvación fluyen del que, escuchando y amando, se ha hecho del Padre hasta la muerte. Ya sabes de dónde brota para los sedientos el agua, de dónde surge para los sometidos a la muerte la vida, de dónde viene la salvación para los pobres; pero podemos aún preguntarnos quién dispuso para bien de todos la fuente.

Y la fe, devolviéndonos al abismo de amor de la Trinidad divina, nos recuerda palabras que hablan del designio salvador de Dios Padre:

«El Señor es mi Dios y Salvador... Mi fuerza y mi poder es el Señor, Él fue mi salvación. Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación» (Is 12,2-3).

Y el que vio brotar sangre y agua del costado abierto de Cristo, dice:

«Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que tenga vida eterna y no perezca ninguno de los que creen en Él» (Jn 3,16).

Y el Hijo dice de sí mismo:

«Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva» (Jn 4,10).

De este Hijo único de Dios, el símbolo de los apóstoles proclama: «Que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de santa María Virgen»; y el símbolo niceno-constantinopolitano confiesa: «Que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, y por obra del Espí-

La fe nos recuerda palabras que hablan del designio salvador de Dios Padre

ritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre».

Aquel Hijo —aquella fuente— de donde brota el agua de la vida, el Padre nos lo da; ese Hijo, por obra del Espíritu Santo se

encarnó de María, la Virgen; por obra y gracia del Espíritu Santo fue concebido; y nació de Santa María Virgen.

Este Hijo —«Jesucristo, fuente del agua viva, donde los hombres apagan la sed de comunión y de amor»³—, la bienaventurada

«Hágase» es la palabra humilde de la fe que acoge a Dios

Virgen María, de modo inefable, lo concibió y lo dio a luz.

La mujer que concibió creyendo

Y si todavía preguntamos cómo lo concibió, la fe nos dice: «Ella, descendiente de Abraham por la fe, concibió en su seno creyendo»⁴, «concibió en su espíritu antes que en su seno»⁵, concibió escuchando —*ex auditu*—, concibió amando, concibió obedeciendo.

En efecto, la Virgen María recibe la palabra que viene de Dios y que interpela su fe:

«Concebirás en tu vientre y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su Reino no tendrá fin» (Lc 1,31-33).

La palabra del enviado de Dios revela un proyecto divino en el que entran Dios mismo, la Virgen María, la casa de Jacob, la dinastía de David.

La pregunta que María de Nazaret hace al mensajero divino, indica que ella ya ha dicho sí al mensaje recibido, y solo porque ha dicho «sí», solo porque ya ha creído, pre-

gunta humildemente «cómo». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,35).

¡Formidable, admirable, portentoso mensaje! ¡Insólita, increíble explicación! Después de recibirla, la Virgen María, que con sus entrañas —con su fe, su esperanza y su amor— había dicho «sí» a la propuesta de Dios, ahora lo dice también con sus labios: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

El Padre Dios ofrece la fuente de la vida, y la fe obediente de la Virgen María dice: «Hágase». El Hijo pide hacerse «don de Dios» para dar a los sedientos agua viva, y el amor creyente de la Virgen María dice: «Hágase». El Espíritu pide consagrar con su sombra al que viene para ser nuestro salvador, y la Virgen María dice: «Hágase».

«Hágase» es la palabra humilde de la fe que acoge a Dios, y tiene la eficacia poderosa —la autoridad— de la palabra divina que crea el universo.

«Hágase» es palabra que, pronunciada con verdad, despoja al creyente del propio proyecto y, al mismo tiempo, hace que sea propio del creyente el proyecto eterno de Dios.

«Hágase» expresa disponibilidad y autoridad, vaciamiento y plenitud, virginidad y fecundidad.

La Virgen María dijo «Hágase», y «Dios cumplió sus promesas al pueblo de Israel, más aún, colmó de manera insospechada la esperanza de los otros pueblos»⁶.

«Hágase» es palabra que nace de la escucha, de la fe, de la obediencia de la Virgen María, y que, al darnos a Cristo, atrae sobre todas las naciones de la tierra el consuelo, la bendición y la vida.

La mujer que es también Madre de la Iglesia

La obediencia creyente de la Virgen María—su fe, su esperanza y su amor—nos ha dado a Cristo, y esa misma obediencia ha hecho de ella Madre de la Iglesia.

Intentemos acercarnos al misterio:

Dices bien, Iglesia de Cristo, si confiesas que, por la fe y el amor, María de Nazaret aceptó ser la madre del Señor.

Pero al confesar tu fe en esa divina maternidad, confiesas que la Madre del Mesías Jesús es también la madre de tu gracia y de tu santidad, es también la madre de tu alegría, de tu esperanza, de tu paz, de tu resurrección, de tu vida.

Ella, al aceptar con limpio corazón la Palabra de Dios, mereció concebirla en su seno virginal, y, al dar a luz a su Hijo, preparó el nacimiento de la Iglesia⁷.

Ella dijo «hágase»—creyó, esperó y amó—, concibiendo en su seno al Hijo de Dios, preparó el comienzo de nuestra redención⁸.

Ella dijo «hágase»,—creyó, esperó y amó—, para nosotros nació el Salvador, al que pusieron de nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción⁹.

Ella dijo «hágase»—creyó, esperó y amó—, y para nosotros nació el que es causa de nuestra redención¹⁰.

Y entonces confiesas también que, si María de Nazaret no es tu madre por haberte llevado en su seno, lo es por haberte llevado en su fe, en su esperanza y en su amor, pues creyó y esperó y amó también para ti.

Otra anunciación para otra maternidad

La participación activa y obediente de la Virgen María en el misterio de la encarnación ha hecho de ella Madre de la Iglesia.



Si ahora nos acercamos a la Virgen María y nos quedamos a su lado al pie de la cruz de Jesús, podremos contemplar una nueva anunciación.

La obediencia creyente de la Virgen ha hecho de ella Madre de la Iglesia

Allí la Madre, que comparte el dolor de su hijo, recibe de Jesús la palabra que interpela de nuevo su fe: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26).

El mensaje de esta anunciación es más breve y más comprensible que el recibido entre los muros familiares de la casa de Nazaret.

María tomó como hijos a todos los hombres

Allí la palabra revela un proyecto divino en el que entran Jesús que lo propone, la mujer que lo recibe, aquel —aquellos— que la mujer recibe como hijos y a quienes la mujer es entregada como madre.

Allí ya no hace falta preguntarse «cómo» sucederá, pues esos hijos se reciben como un don; y tampoco hace falta que se escuche un «Hágase», pues la obediencia silenciosa de la Madre —su fe, su esperanza, su amor— abraza en su seno a la humanidad entera.

En verdad, la Virgen María, al recibir junto a la cruz el testamento del amor divino, tomó como hijos a todos los hombres, nacidos a la vida sobrenatural por la muerte de Cristo¹¹.

La nueva Eva

Esa maternidad universal, posible solo para la obediencia de la fe, hizo que la Virgen María fuese reconocida en la Iglesia como la nueva Eva, o la nueva Mujer en Cristo¹².



Ya en el siglo II, Ireneo de Lyon escribía: «El nudo de la desobediencia de Eva fue deshecho por la obediencia de María. Lo que había atado la virgen Eva por su incredulidad, lo desató la virgen María por su fe»¹³.

Y hoy, la oración de la Iglesia dice de la Virgen María: «Ella es en verdad la mujer nueva y la primera discípula de la nueva Ley. Ella es la mujer alegre en tu servicio, dócil a la voz del Espíritu Santo, solícita en la fidelidad a tu Palabra. Ella es la mujer dichosa por su fe, bendita en su Hijo y ensalzada entre los humildes»¹⁴.

Y con los ojos puestos en la Virgen María, la Iglesia escucha las palabras del profeta: «Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo, como novia que se adorna con sus joyas» (Is 16, 10). Y escucha al mismo tiempo las palabras de la Madre del Señor, de la mujer que fue dichosa porque fue creyente: «Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí» (Lc 1, 46-49).

Cosas de la fe, la esperanza y el amor

Dentro de nosotros resuena siempre la llamada de Cristo Jesús para que “reparemos su casa, que amenaza ruina”.

Hoy, para aprender a reparar la casa, nos hemos quedado junto a la Virgen María, madre de Jesús y madre de la Iglesia.

No suplantamos al discípulo amado si todos recibimos en Él a María como madre, si en Él todos somos entregados a María como hijos.

Si vivimos esa entrañable filiación, a los pies de la madre aprenderemos a conjugar los verbos de su maternidad —creer, amar, concebir, visitar, dar a luz, envolver en pañales, recostar en un pesebre, guardar en el corazón, buscar angustiados—, y nos pondremos a trabajar para que éstos sean también los verbos de nuestra relación con Cristo Jesús y con el cuerpo de Cristo que es su Iglesia.

Allí, a los pies de la madre, en el espejo de su vida, aprenderemos la fe y el amor con que son acogidos los designios de Dios, la fe y el amor en los que se gesta la vida de Jesús, la vida de la Iglesia.

María dijo: “Hágase en mí según tu palabra”, y “concibió por obra y gracia del Espíritu Santo”.

Siempre que decimos “hágase” a la palabra del Señor —siempre que escuchamos y cumplimos la palabra del Señor—, estamos concibiendo Iglesia, haciendo Iglesia, hermoseando Iglesia.

Decir “hágase” significa disponibilidad en nuestras vidas para el Espíritu del Señor y su santa operación.

Decir “hágase” nos hace hermanos, hermanas y madres de Jesús.

Siempre que decimos “hágase” estamos concibiendo Iglesia

Decir “hágase” a la voluntad del Señor es el único modo que tenemos de ser Iglesia, de hacer Iglesia.

Para cuidar de su Iglesia, el Señor tu Dios cuenta con tu fe, tu amor y tu pobreza, fe,

amor y pobreza que hacen limpios los pañales, hacen acogedores los pesebres, hacen confiadas las huidas, aunque no dejen de ser angustiadas las búsquedas.

- 1 Concilio Vaticano II, *Constitución Lumen gentium* 53.
- 2 Concilio Vaticano II, *Constitución Lumen gentium* 65.
- 3 Prefacio de la Misa de La Virgen María, Fuente de la Salvación. En Misas de la Virgen María. I. Formulario 31.
- 4 Prefacio de la Misa de La Virgen María, Estirpe escogida de Israel. En Misas de la Virgen María. I. Formulario 1.
- 5 Colecta segunda de la Misa de Santa María, Madre de Dios. En Misas de la Virgen María. I. Formulario 4.
- 6 Cf. Prefacio de la Misa de La Virgen María en la anunciación del Señor. En Misas de la Virgen María. I. Formulario 2.

- 7 Cf. Prefacio de la Misa de La Virgen María, Imagen y Madre de la Iglesia (I). En Misas de la Virgen María. I. Formulario 25.
- 8 Cf. *Sacramentario veronense*, 1254.
- 9 Cf. Lc 2,21.
- 10 Cf. *Sacramentario veronense*, 1261.
- 11 Cf. Prefacio de la Misa de La Virgen María, Imagen y Madre de la Iglesia (I). En Misas de la Virgen María. I. Formulario 25.
- 12 Cf. Introducción a la Misa de Santa María, la nueva Mujer (I). En Misas de la Virgen María. I. Formulario 20.
- 13 SAN IRENEO, *Adversus haereses* 3, 22, 4. Citado en Introducción a la Misa de Santa María, la nueva Mujer (I). En Misas de la Virgen María. I. Formulario 20.
- 14 Prefacio de la Misa de Santa María, la nueva Mujer (I). En Misas de la Virgen María. I. Formulario 20

Sugerencias

Pautas para la reflexión personal y comunitaria

- 1.- Tal vez necesitemos aprender a ser hijos de nuestra Madre del cielo, para que sepamos ser hijos de la Iglesia.
- 2.- Tal vez necesitemos prestar mayor atención a nuestra vida teologal; puede que, ocupados en nuestras tareas, hayamos descuidado la fe, la esperanza, el amor.
- 3.- Puede que no hayamos reconocido a Cristo Jesús en su Iglesia, puede que

no lo hayamos cuidado, puede que no lo hayamos escuchado en su palabra, acogido en la eucaristía, reconocido en la comunidad, abrazado en los pobres...

- 4.- Fe, amor, pobreza: son los caminos que llevan a Jesús. Los pobres: ellos son el destino donde Jesús nos espera.



Reiniciar

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO ARCHIVISTA Y BIBLIOTECARIO DEL VATICANO

Tenemos la vida para agradecer las posibilidades que nos ofrece para volver a empezar. Pienso en la máxima que repite san Antonio Abad, fundador del monacato. De forma lapidaria, explicó: "Cada mañana le digo a mi corazón: hoy empiezo". Pero puede ocurrir que, ante la idea de volver a empezar, nos sintamos poco preparados. ¡Cuántas veces hemos experimentado esta sensación de falta de preparación! En cierto modo, y en la proporción adecuada, forma parte del propio comienzo. Sin ella no nos sentiríamos principiantes (que es la forma más hermosa de honrar la vida); no miraríamos lo que viene como un horizonte abierto del que hay tanto que aprender; no nos convertiríamos en exploradores de lo casual y lo nuevo; no esta-

llaríamos resplandecientes como las decenas de flores que eligen no florecer en primavera sino en otoño. Cada vez que empezamos de nuevo, la vida de Dios nos toca con mayor intensidad. Y si insiste en movilizar en nosotros una fuerza súbita, un impulso y un ardor que no vemos es básicamente para despertarnos, para mostrarnos que esto es posible, y así introducimos en una tensión creativa que no es otra cosa que la forma plástica que rescata la vida de la rigidez y el desaliento.

Miremos, pues, con confianza los nuevos comienzos, tan vitales incluso en sus exigencias; tan propicios, aunque nos sorprendan en un movimiento desfasado, con perplejidades y retrasos. Hannah Arendt escribió: "Los seres humanos, aunque deban morir, no nacen para

morir, sino para empezar". Estamos llamados a ello en diferentes momentos de nuestra vida, y las causas pueden ser muy concretas. Este tipo de parto lento que supone volver a empezar no se dice que sea indoloro. Sin embargo, siempre será mejor que pasar por la vida como un extraño, sin llegar nunca al corazón de la misma, sin haber comprendido apasionadamente lo que se puede entender y mirar, con asombro consciente, la porción inamovible de misterio que contiene. Es en la noche cuando comienza el amanecer. No pocas veces, las risas más inolvidables llegan acompañadas de abundantes lágrimas. Y con la percepción de nuestros límites, aprendemos a conocer no solo la impotencia, sino también posibilidades que antes no veíamos.



La búsqueda de la esencialidad

Capítulos generales para una nueva era

Arrastramos tiempos convulsos. Bastante inciertos. Meses en los cuales las convocatorias capitulares se fueron posponiendo hasta encontrar el momento propicio cuando la pandemia comenzó a amainar y dar un respiro a nuestra humanidad enferma. Tres familias religiosas muy significativas: Franciscanos, Claretianos y Carmelitas Descalzos han podido celebrar presencialmente sus capítulos generales en los meses de julio, agosto y septiembre. Sin duda, un Pentecostés para una «nueva fase»¹ inédita y desconocida y, a la vez, cargada de profecía y acierto.

Luis A. Gonzalo Díez, cmf
Director de VR

En estos capítulos, el proceso sinodal llevado a cabo en las respectivas familias ha concluido con disposiciones y compromisos orientados a sostener un nuevo camino juntos; una impronta carismática que pretende, en su raíz, propiciar el descubrimiento de la esencialidad.

Miguel Márquez, nuevo prior general de los Carmelitas Descalzos, cuando se dirige al Papa en la audiencia de su capítulo, acertadamente afirma: «Las personas decisivas de la historia no aparecen en los libros de historia, o en los periódicos. Por eso queremos cultivar una contemplación que no nos aleje de la vida real, sino que nos sumerja más en ella y nos haga más cercanos a las heridas del hombre de hoy, para sanarlas con la ternura aprendida en la amistad con Jesús, que es la oración»². Y siendo evidente, hay que señalar además que tanto él, desde los Carmelitas Descalzos; Massimo Giovanni Fusarelli como ministro general de los Franciscanos Menores y Mathew Vattamattam como superior general de los Claretianos, serán rostros y vidas en las que nos hemos de fijar en los próximos años para entender este «viaje hacia la esencialidad en la vida consagrada».

Todos los capítulos generales celebrados y por celebrar y, en particular, los tres que reseñamos, son acontecimientos de Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia. Ejercicios nítidos de procesos sinodales abiertos donde la escucha y el diálogo se convierten en las herramientas explícitas para encontrar esa

Debemos evitar la tentación de preocuparnos por la supervivencia, en lugar de vivir plenamente



Miguel Márquez, carmelita descalzo



Mathew Vattamattam, misionero claretiano



Massimo Giovanni Fusarelli, franciscano



voz del Espíritu. «Es Él quien crea la armonía» —dijo Francisco a los Carmelitas— para marcar el itinerario de este tiempo. El papa Francisco se hizo presente en los capítulos generales de los Franciscanos Menores, Claretianos y Carmelitas Descalzos, ofreciendo acentos comunes y pistas inéditas para entender y amar este tiempo.

Recalca en esta línea el papa Francisco, que los capítulos no se reducen a la historia privada de cada instituto, sino que son signo del proceso eclesial común que vivimos y de la intensa tensión sinodal en la que se sitúa toda la misión de la Iglesia. No son acontecimientos para sostener la intrahistoria, sino para crecer en eclesialidad y soñar un porve-

nir juntos. En momentos delicados, como los actuales —dice el Papa— «algunos agoreros dicen que ese futuro es corto, que la vida con-

sagrada se está acabando. Pero, queridos hermanos, estas opiniones pesimistas están destinadas a ser desmentidas, al igual que las que se refieren a la Iglesia misma, porque la vida con-

sagrada es parte integrante de la Iglesia, de su carácter escatológico, de su genuinidad evangélica. La vida consagrada forma parte de la Iglesia tal como la quiso Jesús y como el Espíritu la genera continuamente. Por ello, debemos evitar la tentación de preocuparnos por la supervivencia, en lugar de vivir plenamente acogiendo la gracia del presente, incluso con los riesgos que ello conlleva»³.

La fidelidad evangélica no es estabilidad de lugar, sino estabilidad de corazón



TIEMPO ESPECIAL, TIEMPO DE PANDEMIA

Era inevitable la referencia a la pandemia. Pero además Francisco pretende extraer de ella notas de posibilidad para la visión, espiritualidad y misión de las tres familias religiosas que han celebrado su capítulo general. Puede ayudarnos a «poner su seguridad en Él y solo en Él que es todo el bien, que es el sumo bien, la verdadera seguridad. Creo que esto podría ser uno de los mejores frutos de esta pandemia que ha puesto en tela de juicio tantas de nuestras falsas seguridades»⁴ dijo a los Claretianos.

Así, también, se dirige a los Franciscanos afirmando: «Desde hace muchos meses, a causa de la pandemia, nos encontramos

viviendo situaciones de emergencia, aislamiento y sufrimiento. Por un lado, esta experiencia crítica nos anima a todos a reconocer que nuestra vida terrenal es un camino que hay que recorrer como peregrinos y forasteros, hombres y mujeres itinerantes, dispuestos a aligerarnos de cosas y exigencias personales. Pienso en vuestras comunidades, llamadas a ser una humilde presencia profética en medio del pueblo de Dios y un testimonio de fraternidad y de vida sencilla y alegre»⁵. Continúa el Papa diciendo, «son tiempos difíciles y complejos, en los que se corre el riesgo de quedar «paralizados»⁶. Por eso, hemos de extraer de la pandemia una impronta positiva que nos desplace hacia la esencialidad. De manera más clara, si cabe, se dirige a los Carmelitas expresándolo: «En este momento, cuando la pandemia nos ha hecho enfrentarnos a todos con tantos interrogantes y ha visto derrumbarse tantas seguridades estáis llamados, como hijos de santa Teresa, a cuidar vuestra fidelidad a los elementos perennes de vuestro carisma. Esta crisis, si tiene algo de bueno —y ciertamente lo tiene— es precisamente devolvernos a lo esencial, a no vivir distraídos por falsas seguridades».

DISCÍPULOS EN CAMINO: ENRAIZADOS Y DESPLAZADOS

La esencialidad, afirma el Papa, es el discipulado y este pasa por la escucha. De diferentes maneras acentúa esta dimensión para estos tres carismas. Así lo refleja dirigiéndose a los Carmelitas: «Escuchar es la actitud fundamental del discípulo».

Los Misioneros Claretianos eligieron como palabras fuerza de su capítulo: «Arraigados

La contemplación no es evasión sino apertura al amor de Dios

y audaces». Arraigados no significa estabilidad —que es, quizá, uno de los problemas de la vida consagrada actual— sino que incide en buscar el punto de apoyo adecuado y firme —Jesucristo— para seguir caminando. Algo así como los escaladores que, sin duda, necesitan «puntos de apoyo» en la roca para seguir progresando en la escalada. Se trata de estar «arraigados en Jesús. Esto supone una vida de oración y de contemplación que los lleve a poder decir como Job: «Yo te conocía solo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos» (Jb 42,5)⁸.

Porque, como afirma el Papa, «la fidelidad evangélica no es estabilidad de lugar, sino estabilidad de corazón; que no consiste en rechazar el cambio, sino en hacer los cambios necesarios para cumplir lo que el Señor nos pide, aquí y ahora»⁹.

La vida consagrada a la hora de recrear el discipulado debe hacerlo desde su particular carisma. Es el don que debe aportar cada congregación y orden al conjunto de la sociedad y la Iglesia. Y además, como expresó Francisco a los Claretianos, es un carisma en desarrollo, en crecimiento y, por tanto en transformación. Por eso pide que «relean el propio carisma, recordando que la vida consagrada es como el agua, si no corre se pudre».

La originalidad de cada carisma se ha de cuidar particularmente en este tiempo. Quizá está implícitamente reconociendo el Papa que procedemos de un estilo de misión en el cual ha habido cierta confusión carismática ofreciendo todas las familias el mismo tipo de atención, misión y servicios. Por eso dice a los Carmelitas: «No debéis imitar la misión de otros carismas, sino ser

fieles al vuestro, para dar al mundo lo que el Señor os ha dado para el bien de todos, es decir, el agua viva de la contemplación. La contemplación no es una evasión de la realidad, un encierro en un oasis protegido, sino una apertura del corazón y de la vida a la fuerza que verdaderamente transforma el mundo, es decir, el amor de Dios».

Porque —como recordará a los Franciscanos— «no hay renovación y no hay futuro sino en Cristo resucitado».

Pero además la renovación para este tiempo exige un desplazamiento real y será a «partir de esta nueva mirada con la que contemplar al hermano pobre y marginado, signo, casi sacramento de la presencia de Dios. De esta mirada renovada, de esta experiencia concreta de encuentro con el prójimo y sus llagas, puede surgir una energía renovada para mirar al futuro como hermanos y como menores, como sois, según el hermoso nombre de «frailes menores», que san Francisco eligió para sí mismo y para vosotros»¹⁰.

Es incuestionable la necesidad de desplazamiento de presencias y acciones. Pero no es menor el giro hacia la esencialidad en Jesús. Por eso, dirigiéndose a los Claretianos, afirma Francisco: «si quieren que su misión sea verdaderamente fecunda no pueden separar la misión de la contemplación y de una vida de intimidad con el Señor. Si quieren

ser testigos no pueden dejar de ser adoradores».

La esperanza de la vida consagrada radica en su capacidad para arriesgar

DECRECIMIENTO Y ESPERANZA

El envejecimiento y decrecimiento de la vida consagrada sobre todo en algunos lugares del mundo como en Europa, también es un asunto frecuente de preocupación y, lógicamente, está presente en los capítulos generales.



Francisco, cuando se dirige a los Franciscanos, los anima a no caer en manos del miedo y la ansiedad. «Mientras os enfrentáis a los desafíos de la disminución de los números y el envejecimiento en gran parte de la orden, no dejéis que la ansiedad y el miedo os impidan abrir vuestros corazones y mentes a la renovación y revitalización que el Espíritu de Dios provoca en vosotros y entre vosotros. Tenéis una herencia espiritual de una riqueza inestimable, enraizada en la vida evangélica y marcada por la oración, la fraternidad, la pobreza, la minoridad y la itinerancia». Es el momento propicio para reparar en la espe-

ranza que nunca recorre el mismo itinerario que la fuerza. Aparece, de nuevo, la esencialidad, el signo, la ofrenda no contaminada que ha de cuidarse y mostrarse en este presente.

No es un tiempo para el miedo, sino para asumir la vulnerabilidad en clave evangélica. Francisco entiende que esa vulnerabilidad es un signo evangélico de verdad porque conducirá a la vida consagrada a hacer camino con otros. Así se lo manifiesta a los Claretianos: «No tengan miedo de sus fragilidades; qué lindo es cuando una consagrada, un consagrado se siente frágil, porque siente la nece-

sidad de pedir ayuda. No hay que tenerles miedo, tengan miedo, sí, a caer en la “esquizofrenia” espiritual, en la mundanidad espiritual que los llevaría a fiarse solo de vuestros “carros” y “caballos”, a fiarse de sus fuerzas, a creerse los mejores, a buscar, a veces, obsesivamente el bienestar, el poder (cf. *Evangelii gaudium*, 93)».

La esperanza de la vida consagrada radica en su capacidad para arriesgar, para ponerse en camino y abrirse creativamente a esta realidad de misión, por tanto, «debemos evitar la tentación de preocuparnos por la supervivencia, en lugar de vivir plenamente acogiendo la gracia del presente, incluso con los riesgos que ello conlleva»¹¹.

EL LUGAR DE LA VIDA CONSAGRADA

Exige autenticidad espiritual. Insiste el Papa a las tres instituciones a huir de la mundanidad espiritual que nos lleva a fiarnos de las fuerzas, a creernos los mejores, a buscar obsesivamente el bienestar o el poder. Además, el espíritu de la mundanidad «entra poco a poco, entra incluso en la oración... Mucho cuidado con esto. Es el peor mal que le puede pasar a la Iglesia». Evidentemente, no está pensando Francisco de manera exclusiva en la vida consagrada, porque esta es una tentación siempre presente en todas las formas de seguimiento de Jesús.

Cuando se dirige a los Claretianos, les pide que nunca utilicen el Evangelio de modo instrumental, como ideología sino que sea desde donde se orienten, en todo momento, a la hora de servir y atender las opciones preferentes del carisma. En la misma línea pide a los Franciscanos «ir como hombres

de diálogo, buscando construir puentes en lugar de muros».

El lugar de la vida consagrada son los débiles. Siempre ha sido ese su sitio y razón de ser, por eso de manera explícita dice a los Franciscanos: «Os animo a salir al encuentro de los hombres y mujeres que sufren en el



El camino es recuperar la alegría de los humildes que aceptan las cosas normales de la vida

cuerpo y en el alma, a ofrecer vuestra presencia humilde y fraterna, sin grandes discursos, pero haciendo sentir vuestra cercanía de hermanos menores».

Somos cooperadores de una nueva construcción social, de una nueva humanidad que recupere la armonía con la madre tierra. Es una vida consagrada en operación salida que nos obliga «a salir al encuentro de una creación herida, nuestra casa común, que

sufre de una explotación distorsionada de los bienes de la tierra para el enriquecimiento de unos pocos, mientras se crean condiciones de miseria para muchos»¹².

La vida consagrada se realiza en el camino de la vida. «No pueden ser simples espectadores de la realidad. Tomen parte en ella, para



transformar las realidades de pecado que encuentren en el camino». Nuestro lugar no es tanto el diseño cuanto la participación; ni la organización cuanto aprender a formar parte de una sociedad que tiene sueños de fraternidad.

OFRECER FRATERNIDAD

Las raíces esenciales de nuestras familias religiosas nos conducen a la búsqueda y realización de una fraternidad que transforme la realidad. Se trata de vivir «ofreciendo el don de la fraternidad y la amistad social en un mundo que lucha por encontrar el rumbo de un proyecto común»¹³. Y aquí se presenta,

quizá, el reto más importante para la vida consagrada en este tiempo tras-pandémico: diseñar y lograr espacios que sean verdaderas referencias de comunión. La vida fraterna en comunidad es sustancial de la consagración.

Muy probablemente, como Francisco pedía a los Claretianos, la cualificación de la comunidad pasa por la cualificación de la misión. Llega a decir el Papa: «Esta convicción los llevará a salir, a ponerse en camino e ir allí donde nadie quiere ir, allí donde es necesaria la luz del Evangelio, y a trabajar, codo con codo, con la gente. La misión de ustedes no puede ser “a distancia”, sino desde la cercanía». Y es que se hace evidente que cuando las vidas están entregadas a la causa del Reino, las relaciones fraternas se hacen veraces y se suscita esa complicidad en el Espíritu para pensar y soñar el proyecto común.

«Arraigados en vuestra relación con Dios, la Trinidad del Amor, estáis llamados a cultivar las relaciones en el Espíritu, en una sana tensión entre estar solos y estar con los demás», dijo Francisco a los Carmelitas Descalzos.

ALEGRÍA

Tanto a los Franciscanos, como a los Claretianos y Carmelitas, además de agradecer el Papa la historia de servicio fiel a la evangelización y formación, les recordó que tanto servicio no se puede ofrecer desde la tristeza. Quizá estemos haciendo bien las cosas, pero se nos nota más el esfuerzo que la gracia. Puede ayudarnos recordar aquella anécdota del filósofo José Antonio Marina, cuando afirmaba que de no haber sido filósofo le hubiera gustado ser un buen bailarín. Pero de los que integran la música de tal modo que todo movimiento es gracia. De lo contrario se transforma en matemática y equilibrio,

sin gracia ni arte. El Papa, con otras palabras, acentúa esta cuestión: «no caigan en eso de esa austeridad seca, no pierdan el sentido del humor por favor. Sepan reírse en comunidad... el sentido del humor es una gracia de la alegría y la alegría es una dimensión de la santidad»¹⁴.

Es evidente que la alegría que pide el Papa nace del Espíritu. Es así cuando es paz, expresión de amistad. Se trata de una transformación importante en vista a la esencialidad porque el camino es recuperar la alegría de los humildes que aceptan las cosas normales de la vida. Que viven, celebran la vida y comunican vida. **UV**

1 Cf. GARCÍA PAREDES, J. C. R.—GONZALO DíEZ, L. A., *Celebrar capítulos para la vida y no para los proyectos*, VR 128, (2020-5) 455-558.

2 MÁRQUEZ, MIGUEL, *Saludo al Santo Padre*, Palacio Apostólico, C. Del Vaticano (11.09.2021).

3 FRANCISCO, *Discurso al capítulo general de la Orden de los Carmelitas Descalzos*, Palacio Apostólico (11.09.2021).

4 FRANCISCO, *Discurso al capítulo general de los Misioneros Claretianos*, Palacio Apostólico (09.09.2021).

5 FRANCISCO, *Carta al capítulo general de la Orden de Frailes Menores*, Roma, San Juan de Letrán, 15 de julio de 2021.

6 *Ibid.*

7 FRANCISCO, *Discurso al capítulo general de la Orden de los Carmelitas Descalzos*, Palacio Apostólico (11.09.2021).

8 FRANCISCO, *Discurso al capítulo general de los Misioneros Claretianos*, Palacio Apostólico (09.09.2021).

9 FRANCISCO, *Discurso al capítulo general de la Orden de los Carmelitas Descalzos*, Palacio Apostólico (11.09.2021).

10 FRANCISCO, *Carta al capítulo general de la Orden de Frailes Menores*, Roma, San Juan de Letrán, 15 de julio de 2021.

11 FRANCISCO, *Discurso al capítulo general de la Orden de los Carmelitas Descalzos*, Palacio Apostólico (11.09.2021).

12 FRANCISCO, *Carta al capítulo general de la Orden de Frailes Menores*, Roma, San Juan de Letrán, 15 de julio de 2021.

13 FRANCISCO, *Carta al capítulo general de la Orden de Frailes Menores*, Roma, San Juan de Letrán, 15 de julio de 2021.

14 FRANCISCO, *Discurso al capítulo general de los Misioneros Claretianos*, Palacio Apostólico (09.09.2021).





Cuestiones teológicas ante el abuso: Teología de la infancia

Hans Zollner

JESUITA

CENTRE FOR CHILD PROTECTION

COMISIÓN PONTIFICIA PARA LA PROTECCIÓN DE MENORES

En general, apenas hay una teología o ética teológica cristiana –y menos aún específicamente católica– que se centre en los niños per se. Se puede encontrar una teología amplia para los niños, pero mucho menos una teología que se centre en el niño en sí. La infancia, en tanto que niñez, ha sido considerada desde la antigüedad solo como una etapa transitoria hacia el cristianismo adulto, y por lo tanto poco o nada desarrollada. Esto es aún más sorprendente cuando muchas congregaciones religiosas han hecho una gran contribución a la educación y el cuidado de los niños a lo largo de los siglos. Además, la devoción al Niño Jesús ha desempeñado un papel importante durante mucho

tiempo, especialmente en los monasterios femeninos. Hay tres principios derivados de la Escritura que podrían ayudar a desarrollar una teología del niño. El primero es la llamada de Jesús a ser como un niño y una comprensión más profunda de las cualidades especiales de los niños que esta llamada conlleva. El segundo es una reflexión sobre poner el énfasis en las consecuencias del abuso de un niño (¡piedra de molino! Mc 9,42) que no pueden ser ignoradas en nombre de una falsa y barata misericordia. El tercero es el encuentro de Jesús con los niños: En medio de la reunión, Jesús tomó a los niños en brazos, les impuso las manos y los bendijo. Karl Rahner, SJ ha trazado al menos algunas líneas para una teología de

la infancia. Para él, la infancia es un misterio y se caracteriza por la infinita apertura del niño a Dios. Para Rahner, la infancia "biológica" está estrechamente vinculada a la infancia "madura" que nos convierte en "hijos de Dios": "Y así, sin glorificar a los niños ni negar la radical insuficiencia de su naturaleza, Jesús ve en los niños a aquellos que puede recibir con amor en su corazón. A esto se refiere cuando dice: 'De ellos es el Reino de los cielos' (Mt 19,14). Son ellos con los que se identifica". Los votos que hacen los religiosos tienen, sobre todo, el propósito de inculcar para siempre que la vida humana depende de Dios para todo, y que solo Él puede cumplirla verdaderamente. Al igual que los niños esperan todo de sus padres.



Nicolás Barré, 400 años con nosotros...

Tuvo, como todos los profetas y adelantados de la historia, sus detractores dentro de la Iglesia y su misma orden, recogió lo más granado de las inquietudes educativas del siglo, las mejoró y les imprimió el sello de su fortaleza, ternura y sencillez

Manuel Diéguez Ramírez



La Europa del siglo XVII era un tablero de reinos emparentados entre sí y enfrentados en mil campos de batalla. La peste, la ignorancia y la pobreza tenían por contrapunto el lujo de unos pocos y toda suerte de excelentes científicos, pensadores y hombres de bien, gigantes ‘a cuyos hombros hoy seguimos caminando’...

Uno de estos hombres extraordinarios fue Nicolás Barré, del que se cumplen, el 21 de octubre de este año, cuatrocientos años de su nacimiento. Nicolás fue un religioso de la Orden de Francisco de Paula que había nacido en Amiens, Francia. Estudió con los

jesuitas y brilló desde niño tanto en manualidades como en lo especulativo. A los 19 años ingresó en la Orden de los Mínimos, en cuyo convento parisino de ‘Place Royal’, hoy ‘des Vosges’, contempló ‘*in situ*’ los devaneos de la ‘*crème*’ intelectual europea, no exenta de vanidades, junto a la sencillez de aquellos ‘hombres buenos’ de Francisco de Paula.

Antes de ser ordenado ya impartía filosofía y teología a los hermanos de su congregación que se preparaban para el sacerdocio. Después de varios años de intenso trabajo, los rigores del ayuno y el exceso de penitencia quebraron su salud poniendo en riesgo su vida. En ‘virtud de santa obediencia’ regresó a su natal Amiens buscando sosiego y recuperación... Allí, en la ‘noche oscura’ de su camino místico, descubrió la clave que vertebró su vida para siempre, esto es, el total abandono y confianza en Dios.

Una vez recuperado lo destinaron a Rouen en donde la abundante miseria, ignorancia y falta de Dios interpelaron su conciencia y le movieron a apostar con decisión por la educación de los más pequeños, apoyando y liderando el celo de unas jóvenes que iban a dedicar su vida a la formación de los más necesitados. Aparecieron así en Sotteville (Rouen) las primeras ‘Escuelas Caritativas’ de Nicolás Barré. Contó para ello con el apoyo de benefactores, gente noble, y, sobre todo, con la Divina Providencia.

No fue éste el único ‘proyecto educativo’ del tiempo... Ya a finales del siglo anterior José de Calasanz había entendido que la más plausible inversión de futuro era la educación y en tiempos de Nicolás Barré tanto Vicente Paul y Carlos Demiá, como otros, tuvieron muy claro que la verdadera liberación del hombre no era con picas ni mosquetes sino con maestros y maestras bien

instruidos. Especial relevancia, por su trascendencia posterior y su vínculo con el Padre Barré, fue la puesta en práctica de su proyecto por el hermano Juan Bautista de La Salle, de tan feliz memoria para todos los que hoy invierten su vida en la formación de la juventud.

Del proyecto barretiano para niñas se ocuparon sus ‘Maestras Caritativas’, cuya eficacia e innovación pedagógica merecieron un pronto y extensivo reconocimiento en toda Francia y más allá. Tras los centros educativos para jóvenes vinieron las escuelas de preparación para futuros maestros y maestras, tanto de enseñanza en general como de la instrucción en oficios.

Tuvo, como todos los profetas y adelantados de la historia, sus detractores dentro de la Iglesia y su misma orden, recogió lo más granado de las inquietudes educativas del siglo, las mejoró y les imprimió el sello de su fortaleza, ternura y sencillez.

Libre y arrebatado por el Espíritu jamás tembló ante lo adverso, una actitud que ha sido fuente de instituciones educativas y misioneras como los Hermanos de Juan Bautista, Señor de La Salle, y las Hermanas Religiosas de la Providencia (Rouen) o de Saint Maur (París), que este año celebran, junto a la Orden de los Mínimos y toda la Iglesia, el cuarto centenario de su nacimiento.

La Institución de las ‘Hermanas del Niño Jesús’ (Saint Maur) tuvo una rápida expansión y gran prestigio en todo Francia. Llegaron a nuestro país en 1860, concretamente a Barcelona. El pueblo, con buen olfato, las llamó ‘Damas Negras’ por su atuendo, que, al poco, en Barcelona, Madrid, Burgos o cualquier otro rin-

cón de España, fue señal de competencia y sencillez.

En la calle Avenir de Barcelona estas Maestras de Nicolás Barré levantaron un flamante colegio del que han salido millares de catalanes no solo excelentes profesionales sino, ¡y sobre todo!, hombres y mujeres de bien. En estrecha relación con el colegio brotó en el barrio del Buen Pastor una humilde y fecunda obra educativa. La labor de las hermanas en la Ciudad Condal fue siempre ejemplar, extendiéndose a casi todos los rincones de la urbe. Nunca fueron ajenas a las dificultades sociales que han venido convulsionando a España de sobresalto en sobresalto en los últimos tiempos, pero en ningún momento estas ‘Maestras Barretianas’ perdieron la calma ni su Norte...

A finales del siglo XIX Nicolás Barré llegó a Burgos, esto es, las hermanas se establecieron en esta noble ciudad castellana y construyeron un colegio a orillas del río. La acogida y cariño de los burgaleses no fue menor que en Cataluña. Durante la Guerra Civil y los veinte años siguientes las Religiosas del Niño Jesús se ausentaron de la ciudad; cuando, por fin, regresaron, pronto se permitió que una cooperativa de padres gestionase el bachillerato del colegio y, poco después, que

un seglar se responsabilizase de la dirección de todo este centro, hoy ya en otro lugar y otras manos, pero conservando aún el sabor, el matiz y los detalles de la pedagogía barretiana.

La clave que vertebró su vida para siempre fue el abandono y la confianza en Dios

Al comenzar el siglo XX, y casi a un tiempo, las hermanas extienden su presencia a Fuenterrabía y Madrid. Fuenterrabía vino a ser una especie de refugio del hostigamiento legal francés a las instituciones reli-

giosas, algo que se volvió a repetir, corregido y aumentado, en España entera durante la Segunda República. A pesar de todas las circunstancias adversas, en Fuenterrabía, a orillas del Bidasoa, se asentó y creció un colegio de estas Maestras Barretianas. Hoy en el mismo lugar y el mismo inmueble, pero con otra entidad titular, una placa a la entrada recuerda el paso de las religiosas por esta preciosa ciudad, lo mismo que sigue en la memoria de los vasos su trabajo y buen hacer en Donosti, San Sebastián, y mil rincones de esta bendita tierra...

Madrid no podía quedar al margen de la pedagogía e innovaciones educativas del magisterio Barretiano, de suerte que en 1904 las hermanas llegan a esta Villa y capital del Reino. Dos años después se colocó la primera piedra de un colegio en el antiguo Paseo del Cisne. El buen nombre de las ‘Damas Negras’ en Madrid se hizo más que popular y un claro referente educativo. Durante la guerra el colegio fue hospital y cuartel, pero algunas hermanas resistieron allí escondidas en aquella hora tan adversa. Los nuevos tiempos fueron llegando con otras oportunidades y sus ‘piedras del camino’, hoy una fundación ha sustituido a las hermanas en la titularidad del centro.

La presencia de estas ‘Maestras’ ha sido una misión y testimonio reconocidos en muchos barrios y pueblos de la Comunidad madrileña, lo mismo que fueron acogidas con enorme cariño en el Bierzo, en donde además de su presencia en barrios y parroquias, construyeron en los años sesenta un funcional colegio, ‘Virgen de la Peña’, que hoy sigue

repartiendo humanidad y ciencia, aunque su titularidad también aquí haya cambiado...

Lo que venimos diciendo de Barcelona al Bierzo hemos de hacerlo extensivo a Galicia o la provincia de Almería, pero más que lugares, más que casas o colegios el ‘quid’ del afecto por Nicolás Barré, siempre vivo en sus ‘Maestras’, es la sencillez, la firmeza y el corazón que ponen en el permanente reto de educar.

Al final de la década de los cincuenta del pasado siglo el impulso del Espíritu llevó al bendito papa Juan XXIII a convocar el Concilio Vaticano II para poner ‘al día’ y ‘a punto’ una Iglesia ya demasiado anclada en estructuras muertas. El decreto ‘*Pefectae caritatis*’ de este Concilio instaba, e insta, a los religiosos y religiosas a la renovación para adaptarse a las necesidades de los tiempos (PC 20) nutriéndose de sus raíces y origen (PC 2).

Este reclamo conciliar llenó de alegría y esperanza a la Religiosas del Niño Jesús para fortalecer su encarnación entre los necesitados, en donde ‘plantaron su tienda’ (Jn 1,14). Y así, sin fusiles ni algaradas, sin excluir a nadie, estas mujeres, maestras, comprometieron, más aún, su vida con los humildes y ‘descartados’. Caminaron codo con codo junto al minero de Bembibre, compartieron sudor, ilusión y vecindad con la gente sencilla del barrio del Gamonal, de Vallecas, Fonsagrada o El Ejido (Almería), todo un canto y un camino que aún hoy hace realidad al Nicolás Barré de siempre, un corazón que sigue ardiendo, y crece...

“¡Qué bellos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz que nos trae la Buena Nueva...!” (Is 20,7). 

Sin excluir a nadie estas mujeres maestras comprometieron su vida con los “descartados”

MÁS QUE UNA FOTO



Después de rodar Claret me pregunto: ¿qué estoy haciendo yo?

El director de la película Claret, Pablo Moreno, nos abre el corazón. Satisfecho con el trabajo, ha quedado, sin embargo tocado... El Evangelio, tomado en serio, complica la vida...

Redacción VR

La figura de Claret le ha supuesto un descubrimiento personal, ¿qué le ha aportado?

Es una de las grandes figuras españolas del siglo

XIX y tiene una relevancia que me parece muy importante e impresionante, me sorprendió que no hubiera algo sobre eso, y eso sí, después hablando con los cla-

retianos sí que ha habido algunas intentonas a mediados del siglo XX.

Creo que es una figura imprescindible, porque es el gran apóstol español del siglo

XIX, desde que lo conozco más hay muchas cosas en su forma de trabajar, su rigor y lo que me ha aportado la convivencia con este hombre durante estos tres años, he podido descubrir la Iglesia de otra manera distinta y de hacerme la pregunta: ¿Qué estoy haciendo yo?

Claret es una figura muy controvertida, pero como bien sabe fue vilipendiado. De hecho su película arranca con esta mala información que algunos intelectuales habían recibido de él. ¿Ve alguna similitud con el momento actual?

Lo que algunas figuras viven en nuestro tiempo y que nos parece novedoso, fruto de las redes sociales, en este caso es claro. En el siglo XIX se desata una campaña de acoso muy bien orquestada porque duró mucho tiempo, hasta bien entrado el siglo XX. De él se decían verdaderas barbaridades... Uno se pregunta ¿cómo es posible que se sostuviese una imagen así?

Se está convirtiendo en un director de cine experto en «cine espiritual»: ¿Cree que este tipo de cine tiene acogida en nuestro momento cultural?

Claro que sí. Piensa que en un momento de crisis como la actual, aumentada por la

situación de la pandemia... vemos que nuestras instituciones y seguridades se tambalean. Incluso parece que la justicia se pierde, algunas figuras nos ayudan a sobrellevar la situación. Así, esta perspectiva nos ayuda a entender que figuras convencidas por el Evangelio... provocan una apetencia en el público por la imagen de justiciero social. Así, este tipo de películas es el único género que no ha sufrido tanto las consecuencias de la pandemia y de la crisis, porque la gente necesita esperanza. Dentro de un mar de productos que se ofrecen, el público no desea una visión pesimista de la realidad.

De todas las etapas de la vida de Antonio M^a. Claret que ha podido analizar ¿qué momento le parece que es el crucial? El que pone foco en su vida, el que realmente le impresionó más porque lo vio como un hombre de Dios en su actuar y buscar...

Una de las primeras lecturas, la parte más visual por así decirlo, es su vida diaria en Santiago de Cuba cuando va de aldea en aldea llevando el Evangelio. Vive una situación muy compleja enfrentándose al tema de la esclavitud, a todo el tema que tiene que ver con los matrimonios interraciales, es decir,

es un momento muy jugoso y que impresiona mucho. Pero profundizando, me ha impresionado mucho su momento final. El momento de Claret exiliado. Sobre él pesa toda una vida, cuando está perseguido porque está viviendo su propia noche oscura, su propio Getsemaní y de alguna manera experimenta fiarse solo de Dios. Así participa dándolo todo en el Concilio Vaticano I, con el peso de saberse no querido en su propio país.

Capta muy bien en qué consiste la visión porque aunque las cosas en la vida le salieron mal, él se mantuvo ahí siempre firme y efectivamente su final es muy significativo. Desde este punto de vista, estamos hablando de un hombre que muere en el exilio y que nos interroga sobre la situación actual y cultural que vivimos con tanta gente fuera de sus propios países.

Sí, el hecho de ser un desterrado tiene mucho que hablar como tantos desterrados que cruzan el mediterráneo y como tantos otros. Entonces, guardando las diferencias y las distancias, sí que es verdad que el siglo XIX tiene mucha claridad, creo que hay cuestiones que no hemos superado todavía como sociedad y que es verdad



que la historia no hace círculos pero sí espirales. Haciendo una lectura de los acontecimientos sucedidos de la etapa de Claret sí que podemos extraer lecturas actuales con la situación internacional actual, los movimientos migratorios, situaciones de injusticia y exclusión.

Después de este acercamiento a la figura de Claret durante tres años diría que Claret es ¿conservador o innovador?

Es compleja la respuesta. Claret es polifacético y por ello poliédrico. Por eso es, el pratrono de los inventores interesado en la aerostática... Estuve a punto de recogerlo en la película. Es un hombre muy pegado a los avances tecnológicos y socio-culturales. Luego tiene otros episodios donde hace una absoluta declaración de intenciones todavía hoy sor-

prendentes... Habló en su tiempo del diaconado femenino... Son propuestas, sin duda revolucionarias. Pero ante todo, creo que lo honesto es reconocer que estamos hablando de un hombre de Dios, un eclesiástico del siglo XIX con todo lo que implica.

Los claretianos no hemos hecho esta película con intención vocacional, sino buscando acercar la figura de Claret también a esta cultura y este momento histórico... Probablemente alguna parte del público pueda ver en estas películas un intento a la desesperada de proselitismo ¿qué piensa?

Es de las preguntas que más me hacen. No es una película vocacional. Si recordamos los grandes retablos de otro tiempo de nuestra historia, en ellos se dejaba constancia de las escenas de una vida ejemplar. Estas películas pretenden mostrar la vida y

obra de grandes personas. Son retablos digitales, porque el conocimiento compromete. La vida de Claret lleva a comprometerte. Cuento con testimonios entrañables de personas que una vez que la han visto lo que se preguntan es ¿qué pueden hacer con su vida?, como yo al rodarla.

Por tanto, lo que se pretende no es adoctrinar ni hacer comulgar a nadie con “ruedas de molino”.

En la revista VR creemos importante que la vida consagrada le conozca y pueda dar a conocer hombres y mujeres de sus congregaciones que son gigantes para nuestro tiempo en espiritualidad y justicia social.

En su tarea como director... además de su profesión y medio de vida, se percibe que hay una motivación que va más allá... ¿Qué piensa?

Pues creo que eso parece. Si te digo la verdad, la mayor parte de estas cosas no sé exactamente por qué las hago. Pero me dejo llevar, creo que no tengo vocación sacerdotal, pero vivo una vocación por otro camino y aquí está mi contribución a la causa del Reino. Siento que tengo que hacer algo al servicio de la Iglesia y, mejor o peor, aquí estoy. **VR**



Vivir intentando

DANIELA CANNAVINA

CAPUCHINA DE LA M. RUBATTO. SECRETARIA GENERAL DE LA CLAR

Hace años, cuando aún no peinábamos canas, un grupo de hermanas junioras nos adentramos a realizar una dinámica un poco extraña. Se nos preguntaba qué frase deseábamos poner como epitafio el día que avancemos hacia la “otra vida”. En el compartir recuerdo una voz tímida que dijo: “Quisiera que escriban lo siguiente... Aquí yace una mujer que vivió intentando”. Esa joven juniora nos dio una gran lección, ya que puso sobre la mesa el anhelo de caminar haciendo una radical experiencia de Dios, de paso en paso, de luz en luz, de intento en intento.

Y algo así deberíamos pensar escribir de cara al futuro. Nuestra vida religiosa es una radicalización de la experiencia de Dios (cf. LG 44). Hacemos de esta sabiduría el

núcleo centralizador y el proyecto fundamental de nuestra vida. Con actitud profética, intentamos descifrar en el hoy y en el aquí, los signos indicadores de nuevas respuestas, religando los acontecimientos y la vida en un único corazón “que bate su parche, sol y tinieblas” y expresa su latir en la cotidianidad. Pero ¿cómo vivir y compartir esta experiencia tan profunda en nuestras comunidades locales, arriesgando poner palabras a nuestras experiencias y roturando respuestas comunitarias que fecunden acciones con aroma a Reino y a vino nuevo? Tematizar la experiencia de Dios en el seguimiento de Jesús significa orientar nuestros deseos y anhelos en procurar hacer vida el Evangelio de la alegría y la salvación. La memoria del Dios de Jesús será el “*can-*

tus firmus” en torno al cual cantan muchas otras voces a las que deberemos aprender a escuchar para soñar juntos. El cultivo consciente del espacio de Dios, de su memoria viva, lejos de hacernos huir del mundo, nos enlaza, nos interliga, nos hace gozar de su andadura, para procurar ser varones y mujeres creyentes.

Deseo que desde nuestras diversas realidades, el “Espíritu de los cuatro vientos”, nos regale hacer vida “aquel soñado epitafio”, que si bien desde ya lo escribimos mentalmente en el claroscuro de la fe, la convicción viva que nos habita, supera toda sensibilidad y razonamiento, para saberlo posible y real.

Yo quiero vivir intentando. Quiero que vos también te sumes. Y que una vez más podamos decimos mirándonos a los ojos: ¡Hagamos que suceda!



Vida consagrada: el hogar de todos

Francisco Javier Caballero, CSsR

Alejandro F. Barrajón es un corazón inquieto. Uno de esos consagrados que tienen siempre la palabra oportuna para describir el momento, pero además lo hace con esperanza. En el libro del mes que ahora presentamos nos encontramos con reflexiones sueltas imprescindibles para la travesía de nuestro tiempo. Como bien apunta el autor, los consagrados quieren ser abrazo para la humanidad, esa es su vocación y razón de ser.

Por eso no es importante ni el número ni la edad, porque la esencialidad es el signo que, imperturbable, va a recordar a la humanidad su vocación de Reino, justamente porque un puñado de hombres y mujeres están “heridos de amor” y al lado de todos los que el bienestar descarta.

Alejandro Barrajón nos regala estas brasas encendidas que seguramente conseguirán que ardan no pocas iniciativas e inquietudes bien guardadas en el corazón de los

consagrados. Son tiempos en los que las preguntas ante la realidad de la vida y misión necesitan una provocación para, de nuevo, empezar a arder. Quizá nos hemos dicho durante demasiado tiempo que lo nuestro era guardar brasas para tiempos mejores, o sostenernos solo como el recuerdo de lo que un día fuimos e hicimos. La vida consagrada tiene presente, es un presente vivo que necesita ver la luz, permitir que arda y encuentre su signo también para esta generación. Si hay algo que queda expuesto de

manera clara en este libro es la llamada a la esperanza y a la comprensión de la consagración como una vida con sentido.

Los capítulos son para ser saboreados poco a poco, para ser compartidos, para ser recreados. Se trata de una buena recopilación de nuestro tiempo y nuestros tiempos, una propuesta formativa clara para aquellas comunidades que no se conforman, ni se resignan... Para quien no reduce su vida a cuidar la vejez para que dure, sino para que arda y dé calor a una humanidad que sigue necesitando la verdad de quienes, sin glosa, han dejado todo porque han descubierto el amor de su vida que les basta y hace felices.

Es, como dice el autor, un tiempo de mudanzas, en él los consagrados somos ese aporte de creatividad y generosidad, no estamos contra nadie, somos un corazón en el que caben, y deben caber, todos.



ALEJANDRO FERNÁNDEZ BARRAJÓN,
EL TIZÓN Y LAS CENIZAS
SAN PABLO, MADRID 2021, 284 pp.



Calidad en
todos los sentidos



Desde contar con personal especializado de demostrada experiencia, la máxima calidad de los productos, y el más exigente control higiénico-sanitario, hasta la mejor relación calidad-precio y el más eficaz servicio de atención al cliente. Todo un mundo de ventajas a su disposición. Consúltenos.

www.alcesa.es - Tel. 914 398 062 - comercial@alcesa.es



alcesa

RESTAURACIÓN Y SERVICIOS



ADOP
Patrocinador
del Equipo
Paralímpico
Español



Trabajamos cada día
por un entorno
más sostenible

En CaixaBank destinamos 3.163 millones de euros anuales a financiación de proyectos de energía renovable y minimizamos el impacto ambiental compensando el 100 % de nuestras emisiones de CO₂, para contribuir a un entorno más sostenible.

Datos: total 2020. Emisiones calculadas.

Banca socialmente responsable



CaixaBank

Escuchar Hablar Hacer